



Víctor Sejour

Los hijos de la noche

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Víctor Sejour

Los hijos de la noche

Personajes del Prólogo:

JULIA FAVELI.
MARÍA.
EL DUQUE DE SCYLLA.
EL CONDE ORBANI.
BRABADURA.
EL MARQUES DE MONTEFIORE.
TOMÁS.
PIETRO.
DOS PEREGRINOS.
NOBLES Y CABALLEROS.

Personajes del drama:

JULIA FAVELI.
MARÍA.
MYRTA.
FIAMETA.
FINGAR.
BENLEIL.
DONATO.
BRABADURA.
EL MARQUES DE MONTEFIORE.
GUISCA.
EL VIRREY.
BEPPO.
NOBLES. -PIRATAS. -GENTES DEL PUEBLO DE AMBOS SEXOS. -CRIADOS. -
ESCUADEROS. -SOLDADOS, ETC.

La acción pasa en el prólogo, año de 1589. -En el drama 1602.

Prólogo

La muerte de Scylla.

Altura de un monte: a lo lejos se divisa el golfo de Nápoles; a la izquierda una cabaña con una especie de calzada practicable, a la que se llega por una rampa exterior; detrás de esta cabaña, un sendero que conduce a la altura de la montaña: al último término de la derecha, rocas que dominan el mar: en primer término una capilla. La escena empieza al ponerse el sol.

Escena I

MARÍA. -PEDRO. -María estará sentada en la puerta de la cabaña y mirando al interior. Pedro baja precipitadamente de la montaña.

PEDRO. -Pronto, María, pronto: dicen que van a forzar el paso de la gruta del Pausilipo, y entonces nos cogerán entre dos fuegos. Por un lado están los soldados del Rey de Nápoles, y por el otro los revoltosos mandados por el Duque de Scylla; huyamos.

MARÍA. -¿Y qué tengo yo que perder? Soy la guardiana de esta solitaria capilla, estoy en mi puesto, y no me moveré de aquí.

PEDRO. -Lo que quieras; pero haces mal, María, muy mal; mira que no siempre es bueno el rey Federico, y el Duque de Scylla pasará a degüello a todos los que no piensen como él. Anda, deja encomendada a Dios y a San Javier esta capilla, y sígueme. Desde aquí puedes ver a los fugitivos; haz como ellos, recoge tus hijos y todo cuanto tengas de más precioso; ven, ven.

MARÍA. -Dios nos protegerá a mí y a ellos.

PEDRO. -Van a desaparecer; por última vez, ¿te vienes?

MARÍA. -No.

PEDRO. -Pues que la Santa Madona te socorra. Adiós. (Vase.)

Escena II

MARÍA. -Gracias a Dios que se ha ido: ¡creí que iba a despertar a mis hijos!... ¡Mis hijos! por fortuna, no tengo más que uno; ¡pobre ángel! desconocido y abandonado por su padre, su primera palabra será maldecirle, ¡quizás despreciarme a mí que le he concebido en la vergüenza y el crimen! ¡pobre hijo mío! ¡Quédate siempre pequeño para que nunca te

puedas avergonzar de mí!... ¡Ah! Tu compañero de cuna se despierta también: es un hijo del Duque Scylla; ya se lee en su mirada la arrogancia y el poder. ¡Dormid, hijos míos, dormid! La muerte os adormecerá un día sin preguntaros vuestro nombre.

Escena III

MARÍA. -BRABADURA.

(María ha quedado inmóvil: Brabadura enmascarado baja de la montaña; se acerca con precaución y mira al interior de la cabaña, por encima del hombro de María.)

BRABADURA. -¡Vive Cristo! para ver por las rendijas de la puerta no he visto mal; son dos niños.

MARÍA. -¿Quién sois? ¿Qué queréis?

BRABADURA. -¿Yo?... nada: miraba esas dos criaturas, a ese sobre todo, con ese mechón de cabellos blancos, mezclados en su cabellera negra.

MARÍA. -Ese niño es huérfano.

BRABADURA. -No digo lo contrario, pero se parece a los Scyllas. Ya debéis conocerlos: los Scyllas llamados así porque brilla ese mechón de cabellos blancos sobre su frente.

MARÍA. -Seguid vuestro camino, buen hombre.

BRABADURA. -¿Qué, te extraña lo que te cuento? Pues todos los Scyllas tienen esa señal, por un pacto que han hecho con el demonio; te cuento una de las mil leyendas de la Calabria.

MARÍA. -¿Pero quién eres tú? (Queriendo arrancarle la máscara.)

BRABADURA. -No te impacientes.

MARÍA. -Un hombre que se oculta: entonces el conde de Orbani no debe de estar lejos.

BRABADURA. -Tan lejos como la sombra del cuerpo.

MARÍA. -O el puñal de la mano.

BRABADURA. -No os incomodéis; el conde de Orbani es un excelente padre, y viene loco de alegría a abrazar a su hijo, vuestro querido Pedro; ¿qué hay de mal en esto?

MARÍA. -¡Vete! ¡abrazar a su hijo! (Colocándose entre él y la puerta.) Si Dios quisiera que un día tuviese ese deseo, yo gozaría arrebatándole esa felicidad.

BRABADURA. -(Es rara esta mujer.)

MARÍA. -¿Viene quizás para robármelo? Que venga, que venga, sabrá lo que es una madre desesperada. (Entra en la cabaña.)

Escena IV

BRABADURA. -EL CONDE ORBANI.

BRABADURA. -(¡El Conde!)

ORBANI. -¿Qué hay? ¿Qué has hecho?

BRABADURA. -El hijo de Scylla está allí.

ORBANI. -Ya sabes lo que te queda que hacer: yo entretendré a María, corre.
(Brabadura desaparece por detrás de la cabaña. El Conde hace una señal y entran dos peregrinos.)

Escena V

EL CONDE. -Los dos peregrinos. -A poco MARÍA.

ORBANI. -(Llamando.) ¡Eh! no hay aquí nadie.

MARÍA. -¿Qué se ofrece?

ORBANI. -¿Eres tú, María?

MARÍA. -No, soy la guardiana de la capilla: la mendiga que vive de la limosna de los peregrinos, y que da gracias a Dios de no comer de tu pan, conde Orbani.

ORBANI. -¡Eres cruel!

MARÍA. -¿Qué me quieres?

ORBANI. -Son estos ilustres y piadosos peregrinos que desean visitar la capilla: dales la llave, y esta vez te prometo que serás bien pagada.

MARÍA. -¡Aquí está! (Da la llave, y los peregrinos entran en la capilla.)

Escena VI

MARÍA. -ORBANI.

MARÍA. -¿Cómo te atreves a estar aquí cuando tratan de atacar el monte Pausilipo?

ORBANI. -¿Olvidas que soy tu mayor amigo?

MARÍA. -Nunca se puede ser amigo de la mujer que se ha abandonado.

ORBANI. -María, yo te juro...

MARÍA. -Yo no os pido nada, ni aún vuestras protestas de piedad. Yo no tengo para vos ni cólera, ni odio; no tengo más que desprecio. (Se dirige hacia la cabaña.)

ORBANI. -¡María!

MARÍA. -¿Queréis que os diga lo que pienso de vos en este momento? Pues voy a decíroslo. Habéis venido aquí sin duda para alguna obra infame, conde Orbani: brillan hoy muchas espadas al sol, para que no se oculte un puñal en la sombra: veamos que buscáis aquí, ¿a qué mujer o a qué hombre pensáis herir? Al hombre en su fortuna y en su vida; a la mujer en su honor. Vamos, hablad.

ORBANI. -Yo soy un servidor del Rey, y velo para que se castigue a los traidores.

MARÍA. -¡Traidores! ¿Y vienes a buscarlos en esta capilla?

ORBANI. -(En voz baja.) ¡Yo busco a Scylla! ¿A qué hora le esperas?

MARÍA. -Yo no espero a nadie.

ORBANI. -¿A nadie? Vamos, estás aún irritada de mi abandono. Considera bien a donde nos hubieran conducido nuestros amores: yo soy ambicioso, y tú no podías hacer nada por mi suerte; tú tienes orgullo, belleza; pero yo soy de aquellos que no comprenden más que el poder. Nuestro amor era una debilidad, nuestra alianza puede ser una fuerza; ¿quieres seguirme en mi camino? ¿Quieres engrandecerte conmigo? Conozco tu corazón, corazón inquieto, celoso, ardiendo de cólera y de deseo; he ahí lo que tú eres.

MARÍA. -¿Cuál es vuestro objeto?

ORBANI. -Uno me trae aquí. Pronto lo sabrás.

MARÍA. -¿Y cuál es?

ORBANI. -He pensado casarme.

MARÍA. -Podéis hacerlo; sois libre.

ORBANI. -Este matrimonio debe asegurar ante todo el porvenir de nuestro hijo.

MARÍA. -¡Nuestro hijo! ¡nuestro hijo! Callad, conde de Orbani: ¿os habéis quizás acordado del hijo para pedir alguna infamia a la madre?

ORBANI. -Mala opinión tienes de mí.

MARÍA. -Primero me dejaré arrojar en el golfo que prestarme en nada a tu ambición.

ORBANI. -Haz lo que quieras: entonces te recordaré la noche del 11 de julio, la noche en que fuiste madre.

MARÍA. -¿Te atreves a recordarme aquella noche terrible?

ORBANI. -Un hombre entró furtivamente en tu cabaña.

MARÍA. -¿Dónde estabas tú?

ORBANI. -Este hombre misterioso te dijo: tu madre ha nacido en mis dominios, y fue sierva fiel y leal de mi padre; ¿quieres tú servirme ahora?

MARÍA. -¿Y tú escuchastes eso?

ORBANI. -El desconocido entreabrió su capa donde tenía oculto un niño recién nacido, y te mandó le alimentases al propio tiempo que al tuyo.

MARÍA. -¿Y tú viste eso?

ORBANI. -El desconocido desapareció... pero debe volver hoy aquí.

MARÍA. -(¡Oh!)

ORBANI. -Dentro de dos horas vendrá acompañado de su querida, a la que quiere hacer su esposa; esta mañana has recibido un aviso, y les esperas en esa capilla donde deben casarse.

MARÍA. -Mientes, te digo.

ORBANI. -El hombre se llama Scylla... Scilla el proscrito: su cabeza está pregonada, y se puede sin temor alguno matarle donde se le encuentre. ¿Qué dices a esto?

MARÍA. -(¡Miserable!)

ORBANI. -En cuanto a la mujer es diferente: es hermosa y rica, morena como una noche de otoño, de corazón fuerte, como lo son las hijas de la Calabria: se llama Julia Faveli.

MARÍA. -¡Qué me importa!

ORBANI. -Es hija del gran Canciller, uno de los partidarios fanáticos de Fernando V.

MARÍA. -Empiezo a comprender para qué han entrado ahí esos hombres. (Señalando a la capilla.)

ORBANI. -Más vale así; de ese modo me evitas el decírtelo. Concluyo: Julia ha huido esta noche de la casa paterna, dejando por despedida a su padre la revelación de su deshonra.

MARÍA. -Imprudente.

ORBANI. -Las mujeres son así; falsas cuando hablan, francas cuando escriben; yo estaba al lado de su padre cuando leyó la carta: al principio guardó silencio, pero después me tendió la mano, exclamando: doy cien mil ducados de dote a mi hija: si te conviene, tráeme la cabeza de Scylla y son tuyos: su oferta me convino, la he aceptado, y heme aquí.

MARÍA. -¡Insensato que creía que Scylla se dejaría matar como un cobarde!

ORBANI. -Me importa poco que muera como valiente; el caso es que muera.

MARÍA. -Y de ese modo, el gentil hombre, el poderoso conde de Orbani, ¿no se avergonzará de conducir al altar a una virgen... acompañada de un niño?

ORBANI. -Los de Orbani han odiado siempre a los Scyllas. (Pausa.) Escucha, María: quieres que nuestro hijo, nuestro hijo... ¿lo oyes bien? ¿Quieres que nuestro hijo sea un día más rico que todos los nobles de Nápoles... que reuna sobre su cabeza la doble corona de los Favelis y de los Orbani?... ¿que sea igual a los príncipes y a los poderosos... y que desde la Calabria hasta la tierra de Otranto, pueda marchar cuatro días sin abandonar sus dominios?

MARÍA. -¿Y tú harás eso, Orbani? ¡Harás eso por nuestro hijo! ¡Ah! Toda mi sangre gota a gota, hasta la última, tómala, Orbani, tómala, y que esto suceda: a todo accedo, a todo.

ORBANI. -Ya se despierta tu ambicioso corazón. Escucha: (En voz baja.) Julia...no conoce a su hijo.

MARÍA. -¿Y qué?

ORBANI. -En lugar de Donato lo presentarás a Pedro: eso es todo.

MARÍA. -¡Ah!

ORBANI. -No temas, ella le amará como a su hijo.

MARÍA. -(¡Infamia! ¡Infamia!)

ORBANI. -Tú serás su nodriza: no dudes en dar la tuya por prolongar su vida, y disimula y miente para ayudar a su grandeza. Siendo su madre no harás de él más que un pastor, un mendigo, quizás un bandido que te maldecirá un día; siendo su nodriza, harás de él más que un gentil hombre, harás un príncipe poderoso.

MARÍA. -Ni una palabra más: yo rehusó.

ORBANI. -Hablas sin reflexionar.

MARÍA. -¡Nunca! ¡nunca!

ORBANI. -Y sin embargo, así ha de ser.

MARÍA. -Guárdate, conde de Orbani, si quieres separarme de mi hijo. (Se coloca en la puerta de la cabaña, cerrándole el paso.)

ORBANI. -Te digo que así será.

MARÍA. -Tú no, sabes aún lo que es una madre; ven a robármelo si te atreves. (En este momento salta por detrás de la cabaña Brabadura llevando al niño oculto bajo de la capa.)

ORBANI. -(¡Brabadura!) Había previsto ya tu negativa.

MARÍA. -Primero me matarás sobre el umbral de esta puerta.

ORBANI. -¿Quieres que te obligue a ser mi cómplice?... sea.

MARÍA. -Yo no te temo.

ORBANI. -Ve a consultar la cuna, y me responderás luego.

MARÍA. -(Entra en la cabaña.) ¡Ah!

BRABADURA. (Bajando.) ¿Y qué hago yo de este niño?

ORBANI. -Lo que quieras.

BRABADURA. -Lo haré pirata.

ORBANI. -Bueno. Vamos, este es negocio hecho. (Brabadura huye por la montaña con el niño.)

MARÍA. -(Sale precipitadamente.) ¡Dios mío! ¡robado, robado! ¿Dónde está Donato? ¿Qué has hecho de él?

ORBANI. -Pregúntaselo a ese bandido que te habló hace un rato.

MARÍA. -Pero eso es infame.

ORBANI. -La mitad del negocio está hecho, lo demás a ti te toca.

MARÍA. -No, y mil veces no: yo publicaré por todas partes vuestra infamia.

ORBANI. -Yo diré que tú eres mi cómplice.

MARÍA. -No te creerán.

ORBANI. -Prueba a hacerlo.

MARÍA. -¡Oh! Después de haberme hecho la víctima de tus vicios, quieres hacerme ahora la cómplice de tus crímenes.

ORBANI. -¿Mi cómplice? Di más bien la asociada de mi fortuna.

MARÍA. -Bien, todo lo haré por mi hijo: ¡el cielo para él, el infierno para mí! Lo acepto todo.

ORBANI. -Harto te has hecho de rogar. (Mirando al foro.) ¡Ah! ¡Es Julia! ¿Cuento contigo?

MARÍA. -Soy tuya. (Orbani entra en la capilla.)

Escena VII

MARÍA. -JULIA. -TOMÁS que se aleja.

JULIA. -El duque Scylla vendrá a reunirse aquí con el Marqués de Montefiore: id a avisar a nuestros amigos. (Vase Tomás.) Seréis sin duda la mujer a quien busco: ¿os llamáis María?

MARÍA. -Sí señora.

JULIA. -¡Yo soy Julia Faveli! ¡Ah! ¡bendita seáis! ¿Dónde, dónde esta mi hijo... María? No, ahora no; tengo miedo de morir abrazándole... debe parecerse a su padre, ¿no es verdad?

MARÍA. -Señora...

JULIA. -¡Oh! sí, sí, así debe ser: ¡le amo tanto! ¡Hijo mío! Yo estoy loca, la alegría me mata: tú debes comprender esto, puesto que eres madre también: me enseñarás a tu hijo.

MARÍA. -Mi hijo...

JULIA. -Sin duda: le amo ya; ¿no es el hermano de leche de mi Donato? ¿Cómo se llama? Ven, ven, y los abrazaremos a los dos juntos.

MARÍA. -Allí no hay más que uno.

JULIA. -¡Dios mío! ¡Mi hijo ha muerto!

MARÍA. -No, vive.

JULIA. -¡Ah! Desgraciada. (Cogiéndole la mano.)

MARÍA. -Yo no tengo ya hijo.

JULIA. -¡Pobre madre! ¡y yo que te hablaba de él! Hubiera debido adivinarlo en tu palidez: nosotras le lloraremos juntas, y no abandonarás nunca a mi Donato que también es tu hijo.

MARÍA. -Señora...

JULIA. -Yo te lo dejaré, y se adormirá, y se despertará en tus brazos, consolándote sus caricias del ángel que has perdido.

MARÍA. -(¡Ah!)

JULIA. -Y te querrá mucho, ya verás. Tú también serás su madre, ¿no es verdad?

MARÍA. -¡Oh! sí, sí: yo seré su madre.

JULIA. -Las dos lo seremos: vamos a abrazarle. (Aparecen varios nobles por la izquierda, tras ellos Scylla y Montefiore: Tomás por el lado opuesto seguido de hombres armados.)

TOMÁS. -Señores, aquí está Monseñor.

Escena VIII

Los mismos. -SCYLLA. -MONTEFIORE. -Nobles.

SCYLLA. -Señores, os presento a Julia Faveli, que antes de una hora será duquesa de Scylla.

MONTEFIORE. -Ya sabemos el interés que tomáis por la suerte de nuestras armas, señora. Gracias, mil gracias.

JULIA. -(A Scylla.) Yo quisiera que abrazáramos juntos a nuestro hijo.

SCYLLA. -Mi presencia es aquí necesaria: al momento me reúno a ti. (María y Julia entran en la cabaña.)

Escena IX

Dichos, menos MARÍA y JULIA.

SCYLLA. -Señores, todo está dispuesto: he recorrido las provincias, y no hay mejor ocasión que ésta para lanzarnos al campo, y asegurar el éxito de nuestra empresa. Antes de un mes Federico de Aragón será derrotado por los ejércitos reunidos de Francia y de España, y nosotros no haremos más que cambiar de señor. Ganémosles la vez, levantando a Nápoles y Sicilia. No sea un pueblo de esclavos el que vaya a combatir a sus enemigos, sino un pueblo libre que irá a batirse y a morir con gloria por su independencia y su libertad. No se puede matar a un pueblo entero: sucumbirá en una provincia, pero se alzarán vencedor en otra; aún en su agonía es temible. He aquí para lo que os he reunido, para deciros... Libertemos a Nápoles para poder luchar mejor con el extranjero.

MONTEFIORE. -Las tropas de Palermo nos faltarán. Montecorvino dice que no se alzarán hasta que el castillo nuevo esté en nuestro poder.

SCYLLA. -Esta noche el castillo será nuestro. Hay hombres de mi confianza en la plaza... pero tengo un auxiliar mejor que todos: el hambre.

MONTEFIORE. -¡El hambre!

SCYLLA. -Sí: y ya veis, soldados sin pan, hombres vencidos. Yo he hecho repartir dinero a los más necesitados, que saldrán a proveerse a los mercados de los alrededores: entonces se efectúa un doble ataque: por dentro, como los puestos están cambiados estalla la revuelta... por fuera Mascara y los suyos se dirigen a la puerta de San Carlos de Martello. Desde las alturas rodearán la fortaleza, y entonces... ¿veis ese monte? Pues bien, si la empresa faltara, una columna de fuego se levantará de allí; nosotros nos alzaremos a nuestra vez: Montecorvino pone sus hombres en movimiento, Nápoles se levanta, los partidarios de Federico de Aragón son cogidos entre un bosque de espadas y una lluvia de fuego. Y con la ayuda de Dios, el grito de libertad clamará del cielo a la tierra: ¡Nápoles es libre!

TODOS. -¡Viva Scylla!

MONTEFIORE. -¡Cuánto ha tardado esta hora en sonar! Pero Montecorvino está al otro lado del Pausilipo.¿ Cómo advertirle del éxito?...

SCYLLA. -Le advertirá el ruido del ataque que dirigiremos inmediatamente sobre la villa de Aversa. Volved a vuestros puestos. Seiscientos de los nuestros, los mejores, esperan escondidos entre los rosales con el puñal en los dientes y la escopeta montada. Únicamente nuestros esfuerzos reunidos, y la prontitud de nuestros movimientos, pueden hacer posible la victoria. No lo olvidéis.

MONTEFIORE. -Pero ¿y si nosotros no viésemos la señal desde el sitio en que estamos ocultos?

SCYLLA. -Acostados contra la tierra, prestad el oído: cuando aparezca la llama, tres tiros de esta escopeta sonarán en los ecos de la montaña... levantaos entonces, que yo no tardaré en reunirme a vosotros.

MONTEFIORE. -¡Dios vele sobre ti!

SCYLLA. -¡Que Dios vele sobre Nápoles! Un país que cae no vuelve a levantarse más; un hombre que muere, hay mil que le reemplacen. Tened cuidado. La señal... los tres tiros. Valor, ¡y Dios salve a Nápoles!

TODOS. -¡Viva Nápoles! (Vanse todos, menos Scylla y Tomás.)

Escena X

SCYLLA. -JULIA que ha aparecido momentos antes a la puerta de la cabaña. -TOMÁS.

JULIA. -Sí, viva Nápoles: ¡pero no hagais huérfano a mi hijo, Dios mío!

SCYLLA. -¡Julia!

TOMÁS. -Yo velaré a la entrada del bosque para que no os sorprendan.

SCYLLA. -Sí, ve, mi fiel Tomás.

TOMÁS. -Temo el abandonaros, monseñor. Podéis de un momento a otro ser reconocido... principalmente por ese mechón de cabellos blancos que está revelando vuestra raza y vuestro nombre.

SCYLLA. -¿Y qué? Tan sólo dice que soy el primogénito de los Scyllas. ¡Vive Dios! Es un hermoso título para que yo no esté orgulloso de llevarlo.

JULIA. -Tomás tiene razón: entremos en la cabaña de María.

SCYLLA. -Tú te reunirás a mí cuando oigas el segundo tiro, ¿lo oyes bien?... el segundo tiro; y entonces partiremos juntos. (Tomás se aleja: en este momento aparece María a la puerta de la cabaña.)

Escena XI

SCYLLA. -JULIA.

SCYLLA. -¡Oh! ¡mi bella Julia! ¡Al fin estamos solos! ¡Al fin puedo darte toda mi alma en una mirada!

JULIA. -¡Scylla!

MARÍA. -(¡Cómo ama a esa mujer!)

SCYLLA. -Ya soy todo para ti, todo para mi hijo. (A María que está absorta.) ¿Está dispuesta la capilla, María?

MARÍA. -¿Monseñor?

SCYLLA. -¿En qué diablos piensas ahora?

JULIA. -¡Oh! No la riñas, amigo mío... piensa sin duda en su hijo, cuya pérdida llora.

SCYLLA. -(Con dulzura.) ¿Tienes lista la capilla, mi buena María?

MARÍA. -Está dispuesta.

SCYLLA. -He querido que bendiga mi matrimonio el limosnero del convento de san Esteban.

MARÍA. -Va a venir.

SCYLLA. -Sé que vive de las limosnas de los penitentes de la montaña. Esta es la mía... (Dándole una bolsa.) y la de Julia... porque los dos somos dos penitentes de amor que vamos a pedir a Dios eternice la llama de nuestros corazones y la juventud de nuestras almas.

MARÍA. -Gracias, monseñor. (No, nada para mí, nada.) (Arroja la bolsa.)

SCYLLA. -Vamos, Julia, vamos.

MARÍA. -(La fatalidad lo quiere.) (Vase con las escopetas. Scylla y Julia se dirigen a la capilla. Orbani y dos hombres aparecen.)

Escena XII

Dichos. -ORBANI. -Dos hombres.

SCYLLA. -¡Tierra y cielos! ¡Mi escopeta!... ¡Oh! se la han llevado. (Le rodean.)

ORBANI. -¡Eh! un paso, un grito, un gesto... y eres muerto.

JULIA. -(Cayendo arrodillada a los pies de Scylla.) ¡Ah!

SCYLLA. -¡Déjame!

JULIA. -No, Scylla, no. Van a matarte, y tú debes vivir, aunque no sea más que por un momento, aunque no sea más que para dar la señal que tus amigos esperan... Mira... mira la columna de fuego que ilumina la cumbre de la montaña.

SCYLLA. -¡Dios mío! ¡Sí, sí ellos son!

ORBANI. -Puedes escoger tu muerte, Scylla. A tu espalda tienes un precipicio de doscientos pies: a tu frente a tus enemigos implacables y resueltos.

JULIA. -¡Ah! ¡Perdón, perdón!

SCYLLA. -¡Ah! sí, sí: es la columna de fuego. ¡Bien, amigos míos! ¡Oh! y los otros que me esperan...

ORBANI. -(A Julia.) ¿Reconocéis esta firma?

JULIA. -¡Es la de mi padre!

ORBANI. -Da su consentimiento para mi matrimonio con Julia, su hija.

JULIA. -¿Yo vuestra mujer? ¡Nunca!

SCYLLA. -Y los tres tiros que era la señal... los tres tiros... ¡pero cómo!... ¡Y no tener un arma! ¡Dios mío! heridme tres veces, y yo os bendeciré.

ORBANI. -(A Julia.) Consiente en ser mi mujer, y viviré.

JULIA. -Nunca compra la vida Scylla con una cobardía.

ORBANI. -¿Quieres?

JULIA. -¡Yo moriré con él!... No.

ORBANI. -(A uno de los hombres.) ¡Fuego, Pietro!

SCYLLA. -Dios me ha escuchado. (A Pietro.) ¡Fuego! (Dispara Pietro y cae herido Scylla sobre las rocas.)

JULIA. -¡Ah!

SCYLLA. -¡Uno!

ORBANI. -El sacerdote espera... ¿me sigues?

JULIA. -No.

ORBANI. ¡Fuego!

SCYLLA. -¡Fuego! (Hace fuego el otro peregrino.) ¡Dos!

ORBANI. -¿Obedecerás a tu padre?

JULIA. -No.

SCYLLA. -Bien, esposa mía, bien.

ORBANI. -¡Al corazón entonces, al corazón! (Aparece Tomás en las rocas de la izquierda.)

TOMÁS. -¡Sí, al corazón, miserable! (Dispara y cae Orbani.)

ORBANI. -¡Maldición!

SCYLLA. -¡Tres! Ahora ya puedo morir.

JULIA. -¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

TOMÁS. -Mi pobre señor.

SCYLLA. -¡No me lloréis! (Se oye tambor y fusilería.) Mi muerte sirve de señal para la libertad de mi país.... ¡Adiós! (Muere.)

JULIA. -¡Muerto!... Tu hijo será digno de ti, Scylla... (María aparece en la puerta de la cabaña.) María... tráeme a mi hijo.

MARÍA. -(¡Su hijo!... ¡Bien! ¡Pietro será Príncipe!)

FIN DEL PRÓLOGO

Acto primero
La plaza de Nápoles

El teatro representa una plaza pública en Nápoles. A la derecha, en primer término, una casa.

Escena I

BRABADURA. -FINGAR. -GUISCA. -Gentes del pueblo paseando por la escena.

BRABADURA. -El cielo me confunda; tres horas ha que andamos corriendo por esta villa de Nápoles, y no le encontramos. ¡Voto a!...

GUISCA. -No temas. Él nos buscará.

BRABADURA. -Capaz es de hacer que nos demos al diablo ese bribonzuelo.

GUISCA. -¡Cuerno! Ese bribonzuelo, como tú dices, se ha hecho ya nuestro capitán y se llama Ben-leil.

BRABADURA. -¡Ah! Me parecía... (Mirando al fondo.)

FINGAR. -No es él. Reconocería sus pisadas entre mil; por otra parte creedme, Brabadura, Ben-leil se os escapará.

BRABADURA. -¡Escapárseme! Un diablo; ¿y cómo me pagaría el haberle educado y alimentado?

FINGAR. -¿Tú?

BRABADURA. -¡Yo! ¿Os acordáis de la noche en que fue asesinado el duque de Scylla?

GUISCA. -Sí.

BRABADURA. -Y el conde de Orbani también.

GUISCA. -Sí, hará de esto unos diez y nueve años.

BRABADURA. -Pues bien, aquella noche me buscó el conde de Orbani y me dijo: «oye, bandido, ¿quieres ganarte cien escudos de oro?» -Sí, le respondí yo, llevando la mano

a mi puñal. -«Hay que robar un niño, añadió.» -Soy vuestro hombre, le dije, -«pues marchemos;» y nos dirigimos paso tras paso al monte Pausilipo; me señaló una cabaña cuya ventana estaba entreabierta; yo me colé muy bonitamente dentro, y robé al chicuelo.

FINGAR. -¡Ah! Y ese niño era...

BRABADURA. -Poquito a poco; yo me largué con el chico a la montaña, después a los bosques; pero viendo que era una carga pesada, pensé abandonarla a la mitad del camino; pero mi conciencia me decía; «¿qué te ha hecho ese pobre niño para abandonarle o hacer de él un bandido? Más vale librarle de una vez de pasar penas:» así es que cogí al chiquillo por los pies, e iba a estrellarle la cabeza contra una roca, cuando sus brazos se rodearon a mi cuello y sus labios se unieron a los míos.

FINGAR. -Te pedía perdón; ¡pobre niño!

BRABADURA. -Yo no sé lo que me pasó, pero sentí una cosa extraordinaria: yo tenía en mi corazón una fibra que no conocía, y sobre la cual puso su dedo el bribonzuelo; yo le miré, se sonrió, «bueno, bueno, exclamé, ¿tú quieres vivir?... ¡pues vivirás!...» la noche avanzaba, le envolví cuidadosamente en mi capa, y me marché con él.

FINGAR. -¿Y después?

BRABADURA. -Después, el chiquillo siguió mi vida de pirata y de bandido; conmigo ha desafiado las tempestades del mar y las batallas de la tierra, le he enseñado el saqueo y el pillaje, y creo que le basta.

FINGAR. -Y ese niño es...

BRABADURA. -Ese niño es Ben-leil, el hijo de la noche, nuestro bravo capitán a quien andamos buscando por esta villa de Nápoles, que maldito lo que tiene de segura para unos piratas como nosotros.

FINGAR. -Sí, el hermoso, el valiente Ben-leil, el primero en el combate y último en el robo.

GUISCA. -Es verdad, tiene ese vicio.

FINGAR. -Lo que él ama en el combate es la batalla, se bate por batirse.

BRABADURA. -Sí, por amor al arte.

FINGAR. -Os repito, Brabadura, que se os escapará; tiene brazo de soldado y alma de poeta. (Ah! ¿por qué amaré yo a ese hombre?..)

DICHOS. -DONATO. -Hombres del pueblo.

UNO. -Corramos, corramos; van a colgar al pirata Ben-leil.

GUISCA. -¿Qué es lo que dice ese hombre?

DONATO. -Sí, sí; colgad a ese bandido en efígie, que yo os le entregaré vivo para que le colguéis del más alto roble de la Sicilia.

FINGAR. -¿No oís? (En voz baja a Guisca y Brabadura.)

GUISCA. -(¡Son unos bribones!)

BRABADURA. -(Unos miserables.)

DONATO. -Mañana me doy a la vela con mi corbeta, le perseguiré de mar en mar, y vive Dios que si se me escapa iré a buscarle a la más recóndita de sus cavernas.

BRABADURA. -(¡Pues no tiene pretensiones este mocito!)

VARIOS. -Sí, sí, a colgarle, a colgarle. (Vanse las gentes del pueblo.)

BRABADURA. -¡Creo que así ha de suceder tarde o temprano! Y nuestro capitán que no parece: quizás le encontremos en el puerto. Vamos. (Vanse foro izquierda.)

FINGAR. -Sí, vamos.

Escena III

DONATO. -JULIA. -MARÍA. -BEPPO, que salen por la derecha. JULIA. -¿Qué gritos son esos, Donato?

DONATO. -Son esas buenas gentes que van a colgar en efígie al pirata Ben-leil, madre mía. Después de su último crimen, están exasperados contra ese bandido...

JULIA. -¡Ah! sí, un crimen horrible; Berta era la hermana de leche de tu prometida, y comprendo tu indignación.

DONATO. -Pronto pondré fin a esas rapiñas; Monseñor el Virrey, se ha dignado confiarme una de las galeras del estado, y mañana me hago a la mar.

JULIA. -Tu país te lo agradecerá, Donato.

MARÍA. -¿Vas a partir mañana? ¿Vas a arriesgar tu vida?

DONATO. -¿Y a ti qué te importa?

MARÍA. -¡Oh! ¡no vayas, no vayas por Dios!

DONATO. -Vaya unos temores ridículos; veis, madre, ¿pues no está llorando?

JULIA. -¡Cumple con el deber que tu patria te impone, Donato! (A María.) Myrta nos ha precedido a la iglesia, ve a buscarla y condúcela a casa de su nodriza. (Señalando la casa de la derecha.) (A Donato.) Únicamente Myrta podrá consolarla de la muerte de su hija.

DONATO. -(¡Siempre han de hablarme de esa muerte!)

JULIA. -¿No vienes, Donato?

DONATO. -Dispensadme, madre mía; tengo que dar algunas órdenes, voy al momento. (Julia se aleja seguida de María, Donato se va por el foro.)

Escena IV

FIAMETTA. -Gente del pueblo. FIAMETTA. -(Señalando a Donato) Mirad, ese es el último de los Scyllas. ¡Oh! ¡y va a hacer un gran matrimonio! se casa con la heredera de los Fieramontes.

UNO. -¿Con la pupila del Marqués de Montefiore?

FIAMETTA. -Sí; la condesa Julia la quiere como si fuera su hija.

UNO. -¡Ah! sí, la condesa Julia, la querida de aquel famoso duque de Scylla, muerto...

FIAMETTA. -En el monte Pausilipo.

UNO. -El mismo.

FIAMETTA. -Aún lleva la condesa sus vestidos de luto. Muchos condes y duques han pretendido su mano, pero ninguno ha logrado ver una flor en sus cabellos, ni una cinta de color en sus vestidos; pero mirad, ahora entra en la capilla; querrá sin duda asistir a los funerales de Berta.

Escena V

Los mismos. -BEN-LEIL, rodeado de gentes del pueblo que le siguen en tropel gritando.

UNO. -¡Fuera de la villa el levantino, fuera! (Todos gritan.)

BEN-LEIL. -Pues entendéis bien la hospitalidad.

UNO. -Nuestras costumbres valen tanto como las de tu país, y si no te gustan puedes irte con la música a otra parte.

BEN-LEIL. -Sí, buena gente, sí; podéis estar orgullosos con vuestras ciudades, con vuestras mujeres, que mienten amor y caricias, y vuestros hombres que sólo tratan de engañar al que les tiende una mano generosa. Sí, sí, alegraos. (Gritos.) Pero vive Dios, no gritéis de ese modo: el aire está fresco, vais a acatarraros, y no podréis hablar.

UNO. -Callaremos, si queremos.

BEN-LEIL. -¿Si queréis? Yo compro vuestro silencio. (Arroja un puñado de dinero que todos se apresuran a recoger.)

UNO. -¡Viva el levantino, viva el extranjero!

BEN-LEIL. -Ya os he pagado para que calléis; ahora marcháos viento en popa. (Vanse todos.) Si es lo mejor; ya somos los mejores amigos del mundo.

Escena VI

Dichos. -BRABADURA. -FINGAR. -GUISCA por la izquierda.

BRABADURA. -Gracias a Dios que os encuentro.

FINGAR. -Temía no volver a verte.

BEN-LEIL. -Fingar, estás encantadora con ese traje. Hola, ¿conque me habéis seguido, bribones?

BRABADURA. -¿Pero en qué diablos pensáis, capitán, para venir a arrojaros de esa manera a la boca del lobo?

BEN-LEIL. -He querido ver una gran ciudad, me he entrado por la primera calle, y heme aquí.

BRABADURA. -¿Y se conoce que os alegrabais de habernos abandonado?

BEN-LEIL. -¡Abandonaros a vosotros, a vosotros que me habéis recogido en una noche de tempestad! todos mis recuerdos están entre el palo mayor y el palo de mesana de nuestra corbeta: viejos leones de la mar, veníais a acostaros por la tarde a mis pies, y me adormecíais con el relato de vuestras batallas; pronto habéis hecho de mí un hombre. A los

seis años subía a la jarcia de la corbeta, a los diez cargaba vuestros cañones; a los quince ya me batía y era el primero en el fuego y en el abordaje; a los veinte ya era vuestro jefe; mecido por el mar, combatido por el viento, fiero y orgulloso, cruzándose el fulgor de mis ojos con el fulgor del cielo.

FINGAR. -¿Tanto amas el peligro?

BEN-LEIL. -Es mi única pasión: después del mar la selva. ¡Oh! ¡y cuando bajábamos alegres a nuestra isla salvaje! esa es nuestra vida: los bosques impenetrables, la mar inmensa, las rocas desiertas, el sol hermoso, ¿y habréis creído que me tentarían las miserias que pululan aquí? Mirad al rededor; mezquinas casas en las que falta el aire, calles estrechas y fangosas. -¡Oh! ¡Si yo fuese el señor de todo esto! Sólo el señor puede respirar aquí; -¡pobres ciudades, que se agiten y hierben para hacer menos ruido que una ola del océano! ¡pobres ciudades, que alzan columnas de oro y de mármol para que una ráfaga de viento las convierta en ceniza!... ¡pobres ciudades, cantad en vuestra eterna niebla; danzad en vuestra miseria, morid en vuestras agitaciones estériles y en vuestra nada! ¡Sólo la mar es grande!... ¡ese es mi imperio; mi hermosa corbeta desafiando los vientos! allí soy el Rey.

FINGAR. -Poco eres, puesto que no amas.

BRABADURA. -El amor es una tontería que cuentan las viejas para hacer creer que han sido amadas cuando jóvenes.

BEN-LEIL. -Yo no amo a nadie.

FINGAR. -Y sin embargo, el amor hace de cada casa un palacio, y de esas calles fangosas un paraíso; tú no amas, no eres nada. (En este momento aparece Myrta seguida de María. Ben-leil se queda mirándola.)

BEN-LEIL. -¡Ah! ¡Qué niña tan hermosa!

FINGAR. -(Cómo la mira.)

MARÍA. -(Mirando fijamente a Ben-leil.) (Esa semejanza es particular.) (Entran María y Myrta en la casa.)

Escena VII

FINGAR. -BRABADURA. -GUISCA. -BEN-LEIL.

BEN-LEIL. -¡Amar! (Se queda pensativo.)

BRABADURA. -¡Pues no se ha quedado absorto con esta idea!

BEN-LEIL. -(Saliendo de su distracción.) ¿Qué decíais?

BRABADURA. -Os acusan de haber asesinado a una rica arrendataria llamada Berta, después de haber hecho lo mismo con su esposo.

BEN-LEIL. -Yo colgaré del topo de mi corbeta al miserable que se haya valido de mi nombre para cometer esa infamia.

BRABADURA. -Os prevengo que el populacho furioso no se contentará con colgaros en efigie.

BEN-LEIL. -¿Colgado yo en efigie?

BRABADURA. -Podéis convencerlos desde aquí: mirad. (Gritos fuera.)

BEN-LEIL. -¡Ah! ¿Soy yo aquel? ¿Y por qué se me impone ese castigo?

BRABADURA. -¡Toma! porque os llamáis Ben-leil.

BEN-LEIL. -Bien. ¿Y qué?

BRABADURA. -Es un nombre que yo he inventado, y que significa hijo de la noche.

BEN-LEIL. -Pero y bien: ¿yo qué les he hecho?

BRABADURA. -La educación particular que habéis recibido no os permitirá quizás comprenderme; pero básteos saber que sois un jefe de piratas, es decir, un hombre fuera de la ley y a quien todo el mundo se cree con derecho de dispararle un pistoletazo y de matarle como a un perro.

BEN-LEIL. -Antes les despreciaba; ahora les odio. ¿Cuántos estáis en Nápoles?

BRABADURA. -Veinte.

BEN-LEIL. -Estad dispuestos a responder a mi primera señal. El levantino quiere abandonar esta ciudad como amigo; pero si se apela a la fuerza contra Ben-leil, entonces dejará sólo ruinas y sangre en su camino.

GUISCA. -Reflexionad, capitán, que aquí no estamos en nuestra casa.

BEN-LEIL. -Donde yo estoy es mi casa. Conducid a Fingar a bordo.

FINGAR. -¡Oh! no, Ben-leil, no; valdría más...

BEN-LEIL. -¿Huir, no es esto? Ben-leil no huye nunca; desaparece como la pólvora después de haber herido.

FINGAR. -Pero...

BEN-LEIL. -Ve. Fingar, no temas. Idos vosotros también.

BRABADURA. -(Bajo.) Desconfiad, capitán. Las calles están llenas de espías. (Vanse por el foro izquierda.)

Escena VIII

BEN-LEIL. -Hombres del pueblo que salen por la derecha. -Después DONATO.

UNOS. -Esperaos, vamos a buscar una buena cuerda y a arrastrarle de un lado a otro de la ciudad.

DONATO. -(Apareciendo por la izquierda.) (No he podido permanecer más tiempo en esa iglesia delante de ese ataúd.)

BEN-LEIL. -Hola, buenas gentes: ¿con que habéis visto el retrato de ese famoso pirata? ¿Y qué tal?... ¿se le parece?

UNO. -Como dos gotas de agua.

BEN-LEIL. -Me han dicho que se parecía a mí.

TODOS. -¡Ca!

BEN-LEIL. -No, no, miradme bien, tal vez notéis alguna semejanza.

DONATO. -Caballero, ¿pretendéis burlaros de esta buena gente?

BEN-LEIL. -¿Y qué os importa?

DONATO. -Soy uno de los oficiales del Virrey, y ejecutan mis órdenes.

BEN-LEIL. -¡Ah! ¿Con que pertenecéis al virrey que pertenece al rey de España? Pues bien, Dios os libre de encontrar a Ben-leil vivo, después de haber mandado colgarle en efigie.

DONATO. -¿Qué queréis decir?

Escena IX

Dichos. -MARÍA. -A poco JULIA y BEPPO.

MARÍA. -(¿Quién podrá ser ese hombre?)

UNO. -El entierro de la pobre Berta pasa por la calle vecina. (Se oyen cantos funerales. Todos se arrodillan menos Donato.)

DONATO -(¿Estaba de Dios que había de presenciar este espectáculo!) (Aparecen Julia y Beppo.)

UNO. -Descubríos, Monseñor. (A Donato.)

DONATO. -¡Yo!... ¿Por qué? Pero si yo no la conocía...

JULIA. -Descubríos, caballero, la que pasa os conoce; es la muerte. (Donato se descubre.)

BEN-LEIL. -¡Qué hermosa señora! (Mirando a Julia.) (Todos se levantan y se van marchando poco a poco por la izquierda.)

JULIA. -Venid, esa pobre madre necesita de vuestros consuelos.

DONATO. -¡Yo! ¿entrar en esa casa?

JULIA. -¿Por qué no?

DONATO. -¿Por qué?... Ya os sigo, madre mía.

BEN-LEIL. -(¡Su madre!)

JULIA. -Qué pálido está.(Entran en la casa Julia, Donato y Beppo.)

Escena X

BEN-LEIL.-MARÍA.

BEN-LEIL. -Ese hombre debe ser muy dichoso... ¡¡tiene una madre!!

MARÍA. -¿Ha muerto acaso la vuestra, joven? Dispensadme, pero el grito doloroso de vuestra alma que yo sola he oído, hace que me interese por vos a pesar mío. ¿Ha muerto vuestra madre?

BEN-LEIL. -Murió al darme a luz, según me han dicho. Llevo conmigo dos dolores; el de haberla perdido y el de no haberla podido abrazar.

MARÍA. -(¿La fisonomía de Scylla! ¡Su voz!...) ¿Y vuestro padre vive?

BEN-LEIL. -¡Mi padre! (¿Por qué me hará esta pregunta?)

MARÍA. -¿Seréis acaso huérfano?

BEN-LEIL. -(¡Ah! ¡es una espía!) No señora, mi padre vive.

MARÍA. -¡Ah!

BEN-LEIL. -He venido a visitar la Italia; mi padre manda doce tribus bajo el sol de Oriente, y yo soy su quinto hijo.

MARÍA. -(Respiro. No es él.)

BEN-LEIL. -(No tendrá que quejarse Brabadura.) Me estáis examinando como si me hubierais ya visto otra vez.

MARÍA. -No... es decir, sí.

BEN-LEIL. -¿Sí? ¿Y cómo?

MARÍA. -Sois la viva imagen de una persona que he conocido.

BEN-LEIL. -¿Quizás alguno de vuestros amigos?

MARÍA. -No. ¡El duque de Scylla!

BEN-LEIL. -¡Era un héroe!

MARÍA. -¿Os han hablado de él?

BEN-LEIL. -Muchas veces.

MARÍA. -¡Y quién!

BEN-LEIL. -La fama. Su hijo debe estar orgulloso de llevar su nombre.

MARÍA. -Tiene derecho para estarlo.

BEN-LEIL. -¿Y es digno de él?

MARÍA. -Habéis podido juzgarle: hace poco estaba aquí.

BEN-LEIL. -¿Es ese hombre que se mantenía cubierto ante la muerte?

MARÍA. -¿Y qué os importa?

BEN-LEIL. -Es preciso saber doblar la rodilla ante los que no existen.

MARÍA. -¿Sois acaso su enemigo?

BEN-LEIL. -Le conozco bastante para compadecerle, pero no lo suficiente para odiarle.

MARÍA. -¡Oh! sí, le odiáis; vuestra sangre os habla contra él.

BEN-LEIL. -¡No entiendo lo que me decís, señora!

MARÍA. -Pero en fin, ¿quién sois?

BEN-LEIL. -¿Y vos?

MARÍA. -Yo soy la nodriza de Donato, del hombre que acabáis cobardemente de insultar.

BEN-LEIL. -Lo siento mucho.

MARÍA. -¿Qué os ha hecho Donato?

BEN-LEIL. -Nada.

MARÍA. -¿Le conocéis?

BEN-LEIL. -No.

MARÍA. -¿Queréis conocerle?

BEN-LEIL. -Gracias.

MARÍA. -(¡Oh! le odia, lo odia; si corriera la sangre de Scylla por sus venas... ¡Oh! ve con cuidado, joven, ve con cuidado.)

Escena XI

Dichos. -BRABADURA, precipitadamente.

BRABADURA. -(En voz baja a Ben-leil.) Capitán, Guisca y tres de los nuestros han hecho de las tuyas y han tirado de los cuchillos.

BEN-LEIL. -(A Brabadura.) Quédate. (A María.) Volveré. (Bajo a Brabadura.) Observa a esa mujer. (Vase.)

MARÍA. -(Hasta el modo de andar de los Scyllas. Yo he cometido un crimen por amor a mi hijo, y no retrocederé hasta el fin.)

Escena XII

MARÍA. -BRABADURA.

BRABADURA. -(¿Si irá esta mujer a caza de aventuras?)

MARÍA. -Perdón, señor caballero.

BRABADURA. -¿De qué se trata, bella dama?

MARÍA. -¿Sois extranjero?

BRABADURA. -Sí, hermosa, y podéis confiaros a mí.

MARÍA. -¿Habéis venido por mucho tiempo a Nápoles?

BRABADURA. -Me quedaré por el tiempo que queráis.

MARÍA. -¿Y me obedeceréis?

BRABADURA. -En todo.

MARÍA. -Es necesario... por intereses graves, que un hombre desaparezca esta noche de la ciudad.

BRABADURA. -¡Por intereses graves! (¡Diablo! ¡si es María! ¡Vaya un encuentro! ¡Bah! yo iba enmascarado aquella noche...)

MARÍA. -Queréis, pues, encargarnos...

BRABADURA. -(Siempre es dinero que ganar.)

MARÍA. -¿Qué, dudáis?

BRABADURA. -No, desaparecerá.

MARÍA. -Es preciso que desaparezca de Nápoles.

BRABADURA. -Es fácil: tengo veinte hombres de confianza y una barca dispuesta a pocas millas de aquí.

MARÍA. -De Italia.

BRABADURA. -Y de todas sus dependencias. Descuidad.

MARÍA. -Dentro de diez minutos me esperareis en esa calle cercana.

BRABADURA. -Convenidos.

MARÍA. -Cincuenta ducados; veinticinco en el acto, y el resto después de que hagáis lo que os he dicho.

BRABADURA. -¡Ya! pero yo no podré volver por ellos.

MARÍA. -Yo iré a llevároslos.

BRABADURA. -¿Los veinticinco ducados?

MARÍA. -Aquí están.

BRABADURA. -(No me pesa de haberla hecho mi cómplice. Si alguna vez me pide cuentas del chiquillo, le diré que ya estamos pagados.) (Vase.)

MARÍA. -Ahora puedes venir si quieres, levantino, que no es a Donato a quien encontrarás.

Escena XIII

MARÍA. -MYRTA.

MYRTA. -¡Ah! ¿sois vos, María?

MARÍA. -¿Qué sucede? ¿Por qué venís pálida, descompuesta?

MYRTA. -Nada, no ha sucedido nada: la condesa Julia pide una litera para llevar a mi nodriza a palacio.

MARÍA. -¿Pero cómo es que estáis tan turbada?

MYRTA. -¡Ah! sí, tú no sabes, María, esa pobre mujer, la madre de Berta que yacía desmayada, ha abierto repentinamente los ojos, y al ver a Donato...

MARÍA. -Concluid.

MYRTA. -Aún estoy temblando. Al ver a Donato, se levantó lívida, amenazadora, el nombre de Berta se ha escapado de sus labios, y señalaba a Donato que se quedó como herido de un rayo.

MARÍA. -¿Y la condesa?

MYRTA. -La condesa se puso pálida como un espectro.

MARÍA. -¡Locuras! el dolor ha robado la razón a esa pobre mujer. Voy a buscar la litera. Creedme, Myrta, esa mujer está loca. (¿Sospecharán de mi hijo?) (Vase.)

Escena XIV

MYRTA. -Después BEN-LEIL. -A poco DONATO y un escudero.

MYRTA. -Tiene razón, y sin embargo no quisiera ser la prometida de Donato. El anillo (Mirando la sortija.) de mi madre, sagrada reliquia de la santa que ya no existe; ¿serán un presagio de dolor los tristes resplandores que arroja esta piedra? ¡Madre mía! ¡Madre mía! (Aparece Ben-leil.)

BEN-LEIL. -(¡Es ella! Hermosa como un sueño de hadas.) (Con altivez.) ¡Señora!

MYRTA. -¿Creo que me habláis?

BEN-LEIL. -El más humilde de los peregrinos puede admirar a Dios en su más perfecta criatura, puede decir a la flor eres hermosa, a la estrella tú me deslumbras, sin que ni la estrella ni la flor pierdan su brillo ni su hermosura.

MYRTA. -Sois extranjero, e ignoráis nuestras costumbres; os dispenso (Quiere marcharse).

BEN-LEIL. -Creed que guardaré una memoria eterna de este fugitivo encuentro: tomad esta perla, ha sido arrancada de la corona de un emperador, y bien podéis adornar vuestra frente con ella. Tomadla, (Sale Donato seguido del escudero.)

MYRTA. -¡Yo!

DONATO. -Este caballero ignora sin duda que sois mi prometida, y la heredera de los Fieramontes, y que no se ofrecen perlas a una joven noble y cristiana, como si fuera una sultana de un harén, o una esclava comprada en el mercado. Entrad, Myrta. (La conduce a la casa.) Habéis sido un insolente: escoged.

BEN-LEIL. -Escojo esta espada. (Toma la del escudero.)

DONATO. -Corriente.

BEN-LEIL. -Qué diría mi hacha de abordaje si me viese con este juguete en las manos.

DONATO. -Vamos, despachemos.

BEN-LEIL. -Soy vuestro; pero ante todo tengo que daros las gracias; desde que estoy en Nápoles, me parece que el mundo anda cambiado; voy a probar ahora si el corazón está aquí en el mismo sitio que en otras partes.

DONATO. -Concluyamos. (Se baten.)

BEN-LEIL. -Concluyamos. (Aparece María en el fondo.)

DONATO. -¡Ah! (Cae.)

MARÍA. -¡Donato! socorro, al asesino.

Escena XV

Los mismos. -JULIA. -Pueblo. -BRABADURA. -GUISCA.

MARÍA. -¡Ah! ¡Señora, está herido!

JULIA. -¡Dios mío!

MARÍA. -Venid aquí. (A Brabadura que sale con los piratas.) Aquel es el hombre de que os he hablado; yo quiero que muera, matadle, matadle.

BRABADURA. -Ese no es el trato; yo he prometido llevármele y me le llevo.

UNO. -¡Que muera, acaba de matar a Donato de Scylla, que muera!

TODOS. -¡Sí, Sí!

BRABADURA. -Hijos míos, cuchillo en mano y adelante.

BEN-LEIL. -¡Al abordaje, hijos de la noche! (Lucha general. Los piratas se abren paso. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo
La cinta

El castillo de Scylla. -Puertas laterales: la de la derecha da a la habitación de Myrta; la de la izquierda a la de Julia: al fondo tres puertas que dan a mil terrazas desde la que se divisa el mar.

Escena I

JULIA. -MARÍA. -Julia trabajando en una corona de flores. María entra por el foro.

MARÍA. -Con qué ardor trabaja la señora condesa en esas flores; ¿serán sin duda para festejar el próximo matrimonio de Donato?

JULIA. -(Sin levantar la cabeza.) Son para adornar la tumba de Scylla.

MARÍA. -(Mirando al mar.) Este viento que sopla sobre la costa me inquieta. ¡Beppo!
(Sale Beppo.) Súbete a la torre y ven a decirnos si divisas la corbeta del señor Donato.
(Vase Beppo.)

JULIA. -El tiempo no está de tempestad. Donato, por otra parte, no está en el mar más que desde esta mañana; así es que no puede estar lejos.

MARÍA. -¿Y su herida?

JULIA. -Es muy leve.

MARÍA. -Bien podían haber mandado a otro a dar caza a ese pirata.

JULIA. -Donato es dichoso por haber encontrado en ti una segunda madre apasionada. Tú me has hecho ruborizar muchas veces al ver que yo, su madre, estaba tranquila, indiferente, mientras tú llorabas y estabas temblando.

MARÍA. -El dolor se traduce tanto por el silencio como por los gritos. Mi falta consiste en no saber ocultar los sentimientos de mi corazón.

JULIA. -Sin pensar en ello, tú misma haces tu elogio. (Pausa.) ¿Por qué no me hablas nunca de tu hijo?

MARÍA. -Lo he perdido muy joven.

JULIA. -¿Y nunca vas a rezar, sobre su tumba?

MARÍA. -¡Nosotros no necesitamos tumba! Un poco de tierra, la yerba que nace, el viento que pasa... es suficiente.

JULIA. -Yo no te hubiera rehusado una cruz, una piedra...

MARÍA. -Ya era demasiado tarde cuando os conocí, señora.

JULIA. -Me has ocultado siempre el nombre de tu padre...

MARÍA. -He jurado no pronunciarlo jamás.

JULIA. -¡Ah! eso es diferente. (Se pone a trabajar.)

MARÍA. -(¿Sospechará acaso?...)

BEPPO. -(Saliendo a María.) Nada se divisa. (A Julia.) El pintor pregunta a la señora condesa si ha de unir al escudo del señor duque, las armas de Fieramonte.

JULIA. -Puede hacerlo. (Vase Beppo.)

MARÍA. -(Con alegría.) ¡Donato, duque de Scylla y príncipe de Fieramonte!

JULIA. -Sí, puesto que consiente en unir el nombre de su padre al de un extranjero. (Suspira.)

MARÍA. -Ese extranjero, señora, es el padre de Myrta su prometida... El príncipe moribundo, ya lo sabéis, ha puesto por condición primera que el esposo de su hija llevase su nombre.

JULIA. -¡Y Donato se ha sometido sin pesar! El amor y la ambición le dominan completamente.

MARÍA. -(¡Ah! ¡esta mujer no le ama!) (Aparece Myrta del brazo del marqués de Montefiore. Fiametta les sigue. Julia les sale al encuentro.)

Escena II

Dichos. -MONTEFIORE. -MYRTA. -FIAMETTA.

MYRTA. -El señor marqués me ha encontrado en la gruta, y hemos paseado juntos lo menos dos horas.

MONTEFIORE. -Myrta corría como si tuviera doce años, y a lo mejor se paraba pensativa y ensimismada como si tuviera sesenta.

JULIA. -(A Myrta.) Los dominios que acabáis de visitar son vuestros, querida niña: yo no me reservo más que esta parte del castillo, el bosque de los álamos y la capilla donde reposa el duque de Scylla...

MYRTA. -¡Señora!

JULIA. -Sois mis huéspedes, y puedo hablar sin temor. Celebraremos el aniversario de la muerte del duque dentro de tres días... yo me estaré durante este tiempo retirada en mi habitación... si me lo permitís. (Movimiento de aprobación del marqués.) Gracias.

BEPPO. -(Saliendo.) Los notarios de ambas familias esperan a la señora condesa y al señor duque.

MARÍA. -(¡Al fin!...)

MYRTA. -Señora, una cláusula es la más difícil de llenar en un matrimonio; es la cosa más rara y más deseada en el mundo... la felicidad.(Julia sale del brazo de Montefiore.)

Escena III

MARÍA. -MYRTA.

MARÍA. -¡La felicidad! ¿Señora, estáis triste? ¿Veis acaso lágrimas al través de esa unión?

MYRTA. -No he dicho nada de eso, María. Mi padre al morir me prometió a Donato: muchas jóvenes se casarían con menos razón.

MARÍA. -(¡Tampoco esta mujer lo ama!... pero no importa; Donato no dejará por eso de ser príncipe de Fieramonte.)

MYRTA. -(Fríamente.) Cuando el señor marqués me ha encontrado en la gruta, estaba leyendo en un libro, y me lo he dejado allí: ve a buscarlo, Fiametta.

FIAMETTA. -(Temblando.) ¡En la gruta! (Asustada.) ¿La que está al fin de la alameda de los tilos?

MYRTA. -¡Qué! ¿tienes miedo?

FIAMETTA. -Como aquí no se oye más que de esos malditos piratas que se presentan sin saber cómo, que degüellan, que roban y destruyen cuanto encuentran; nada de esto creo que es divertido: y luego como este castillo está edificado sobre el promontorio, puede ser atacado fácilmente por el mar...no ceso de pensar en eso todo el día. ¿Qué sería de nosotras?

MARÍA. -Fiametta delira... yo voy a buscar el libro. (Vase.)

Escena IV

MYRTA. -FIAMETTA.

MYRTA. -(Sonriendo.) ¡Los piratas!... Los aldeanos de estas cercanías sentirían no tener que contar alguna aventura de ellos.

FIAMETTA. -(En voz baja.) También hablan de otra cosa.

MYRTA. -¿De qué?

FIAMETTA. -¡Oh! Antes se dejarían cortar la lengua que decir nada.

MYRTA. -¿Pero qué es?

FIAMETTA. -Dicen que a media noche la sombra del duque de Scylla se pasea por las galerías del castillo.

MYRTA. -¡A media noche!

FIAMETTA. -Y según dicen, sale de la capilla con la antigua armadura de los Scyllas... anda sin que se sienta el ruido de sus pasos, mira sin que se distingan sus ojos, lleva la visera del casco alzada, cuando la noche es oscura, y calada cuando brilla la luna... ¿No es verdad, señora, que están locos los aldeanos?

MYRTA. -Y tú también lo estás, Fiametta: ¡ves! ya tiembles sólo de contarlo.

FIAMETTA. -¿Que yo tiemblo? No... no, si esto es una costumbre mía.

Escena V

Dichos. -MARÍA.

MARÍA. -Aquí tenéis vuestro libro, señora.

MYRTA. -Gracias, mi buena María.

MARÍA. -(Han deslizado una carta entre las hojas del libro.)

MYRTA. -¿Decías algo?

MARÍA. -¡Nada, señora!... (¿Quién puede haberla escrito?) (Vase María.)

Escena VI

MYRTA. -FIAMETTA.

MYRTA. -Parece que está distraída María, ¿no es verdad?

FIAMETTA. -Sí señora, casi siempre está así... ¡Ah! Un papel que cae de vuestro libro.

MYRTA. -¡Un papel!... de seguro que debe contener tres palabras.

FIAMETTA. -¡Tres palabras! ¿Lo habéis leído quizás?

MYRTA. -No.

FIAMETTA. -(Después de haber mirado alrededor.) Estamos solas, podéis hablar.

MYRTA. -Fiametta, en torno de nosotros pasan cosas extrañas.

FIAMETTA. -Este es el país de las aventuras.

MYRTA. -Un hombre, un incógnito me sigue por todas partes.

FIAMETTA. -¿Joven?

MYRTA. -Sí.

FIAMETTA. -¿Guapo?

MYRTA. -Sí.

FIAMETTA. -¿Rico?

MYRTA. -No sé.

FIAMETTA. -Entonces será pobre.

MYRTA. -¿Por qué?

FIAMETTA. -Siendo rico sería la primera cosa que os hubiera dicho: apuesto en cambio a que os ha dicho que os amaba.

MYRTA. -Se ha atrevido.

FIAMETTA. -Ya lo creo; el amor es el lujo de los pobres: ese amante incógnito lo es, no tengo duda.

MYRTA. -No puedo dar un paso sin encontrarme con él: ayer íbamos a Léprano...

FIAMETTA. -Sí, ayer tarde.

MYRTA. -El calor era extremado... hice detener el carruaje y pedí un vaso de agua a un aguador que nos seguía. Después de haber bebido le devolví el vaso y me dijo: «gracias por haber bebido de mi agua: yo os amo.»

FIAMETTA. -¡Ah!

MYRTA. -Esta mañana volvíamos de San Vito por el golfo; cuando llegamos a la playa, el remero de la barca saltó a tierra; me ofreció su mano, yo la acepté, «gracias por haber aceptado mi mano: -me dijo, -yo os amo.»

FIAMETTA. -¿Pero veis qué cosas?

MYRTA. -Hace poco un pobre cantaba en el patio una barcarola; yo le arrojé un ducado. -«Gracias por vuestra limosna, me contestó; yo os amo.»

FIAMETTA. -¿Y el pobre?...

MYRTA. -El pobre no era otro que el aguador y mi remero del golfo.

FIAMETTA. -Ved aquí un hombre que yo desearía conocer.

MYRTA. -Lo he prohibido que me vuelva a decir que me ama y sin duda me escribirá.

FIAMETTA. -Pues no se puede ser más obediente. (Lee.) Yo os amo.

MYRTA. -¿No te lo dije?

FIAMETTA. -¡Qué aventura más singular!

MYRTA. -(Pensativa.) Sí, en efecto.

FIAMETTA. -Poco se parece al señor Donato, que no os persigue de ese modo con sus sueños de amor; más le gusta correr tras de los piratas, a los que de seguro nunca podrá coger.

MYRTA. -¿Qué hora es?

FIAMETTA. -¿Sabéis, señora, que vuestro incógnito debe ser amado por todas las mujeres?

MYRTA. -Menos por mí.

FIAMETTA. -¡Cómo! ¿Ni un poco?

MYRTA. -Ni poco, ni mucho.

FIAMETTA. -Sois una mujer como hay pocas.

MYRTA. -Eres una loca. (Myrta se dirige a la puerta izquierda y entra.)

FIAMETTA. -¡Ah! señor primo: ¿queréis mejor correr tras de los piratas? Ya es tiempo de que volváis, creedme. (Sale Beppo.)

Escena VII

Dichas. -BEPPO.

BEPPO. -(En voz baja a Fiametta.) Fiametta, Fiametta, ahí fuera hay un mercader.

FIAMETTA. -¡Un mercader!

BEPPO. -Chist... silencio.

FIAMETTA. -¿Y qué quiere?

BEPPO. -Toma, ofrecer sus telas a la princesa: ¿le dejo entrar?

FIAMETTA. -Voy a decírselo a Su Alteza.

Escena VIII

Dichos. -BEN-LEIL en traje de comerciante armenio. -Luego MYRTA.

BEN-LEIL. -(Echa una cadena de oro al cuello de Fiametta.) Es inútil, bella Fiametta, es inútil; ya tengo tu permiso.

FIAMETTA. -¡Qué es esto Dios mío! ¡Qué cadena tan preciosa!

MYRTA. -(Apareciendo.) ¿Qué es eso?

FIAMETTA. -(A Ben-leil.) Mirad. Pues si a todos vuestros intermediarios hacéis regalos semejantes, pocas serán vuestras ganancias.

BEN-LEIL. -Yo no soy un mercader cualquiera, Fiametta.

MYRTA. -(Reconociendo a Ben-leil.) ¡Ah!

FIAMETTA. -(A Myrta.) ¿Qué?

MYRTA. -(¡Es él... Fiametta! ¡Es él!) (Va a retirarse Myrta: Ben-leil da un silbido y arrojan un fardo por encima de la balaustrada del terrazo.)

FIAMETTA. -¡Calla! ¡un fardo!

BEN-LEIL. -(A Myrta.) Señora; vos que sois rica, bella y dichosa, ¿no queréis comprarle nada a un pobre mercader?

FIAMETTA. -Estáis divinamente servido.

BEN-LEIL. -(Desliando el fardo.) El cielo tiene sus ángeles y vos sois uno de ellos, señora: el mar tiene sus genios, y yo soy uno de sus asociados.

FIAMETTA. -¡Qué bellas telas!

BEN-LEIL. -(Desplegando una pieza.) ¡Ved aquí, señora, qué colores! ¡Qué pájaros! ¡Qué rosas que sólo esperan vuestra mirada para animarse!

FIAMETTA. -(¿Las aceptará?)

MYRTA. -Sois mercader, ¿no es cierto?

BEN-LEIL. -Las más diestras bordadoras de Nan-kín y de Cantón han fabricado este tisú. Es un trabajo de Hadas.

MYRTA. -Semejante obra no tiene precio.

BEN-LEIL. -Tapices, señora, tapices donde posar vuestros pies de niño. Aquí tenéis reunidas las bellezas de Smirna con las maravillas de Cantón.

MYRTA. -Valen un potosí semejantes telas.

FIAMETTA. -¡Qué bonitos!... ¡Señora!

BEN-LEIL. -Aquí tenéis encajes venecianos. Así como las más hermosas flores se marchitan las más bellas ciudades desaparecen. Dentro de un siglo, quizás Venecia esté sepultada bajo sus lagunas. No debe rehusarse la herencia de la más poética de las ciudades.

MYRTA. -Todas estas galas convendrán más a una reina que a mí. Una reina tan solo sería bastante rica para pagarlas.

BEN-LEIL. -¿Por qué?

MYRTA. -¿El precio de estas maravillas?...

BEN-LEIL. -¡Su precio!... Oid. Un día ibais muy pensativa paseando por la orilla del mar: la reina del Mediterráneo os vio, y dijo: daría la más bella perla de mi reino por la cinta que adorna sus cabellos: y os señalaba, señora. Las palabras de una reina nunca se olvidan, yo las escuché. Dadme esa cinta, y como he de recibir en cambio la perla más bella de entrambos mares, haréis la fortuna de un hombre que os ama.

MYRTA. -Más bien que mercader, parecéis poeta... caballero.

BEN-LEIL. -Ya sabéis el precio, señora.

MYRTA. -Eso es muy poco, o es demasiado.

BEN-LEIL. -¿Rehusareis acaso?

MYRTA. -¡Sí, rehúso!

FIAMETTA. -¡Cómo!

MYRTA. -¡Calla!

BEN-LEIL. -¿Conque no aceptáis?

MYRTA. -No.

BEN-LEIL. -Estas telas (Liando el fardo.) han sido dignas de que fijéis en ellas vuestras miradas; de hoy más, no las mirará nadie. (Las arroja al mar.)

FIAMETTA. -¡Las tira al mar!

BEN-LEIL. -Me habéis prohibido que os dijese «os amo» pero no podéis prohibirme que os ame. Hasta muy pronto.

MYRTA. -Hasta nunca.

BEN-LEIL. -Hasta siempre. (Vase Ben-leil.)

Escena IX

MYRTA. -FIAMETTA. -poco después MARÍA.

MYRTA. -¡Oh! esto es insoportable, Fiametta. Ese hombre me sigue como una sombra.

FIAMETTA. -Señal de que os ama de veras.

MYRTA. -No debo escucharle.

FIAMETTA. -Me parece que ya le he visto en otra parte.

MYRTA. -¿En dónde?

FIAMETTA. -En Nápoles, el día en que hirieron al señor Donato.

MYRTA. -Es verdad. (Se queda pensativa. María aparece en el dintel de la puerta de la izquierda.)

FIAMETTA. -¿Y es él el que os ha escrito?

MYRTA. -Sí.

MARÍA. -(¿Amará tal vez a otro hombre?)

FIAMETTA. -Pues no tardaréis mucho tiempo en volverle a ver. Por mi parte, casi le prefiero al señor Donato... (Viendo a María.) ¡Cielos! Pues... decía... que hacéis bien en amar... al señor Donato...

MYRTA. -¡Silencio!

FIAMETTA. -(En voz baja a Myrta.) ¡Nos espiaba!

MARÍA. -(¡Yo averiguaré quién le ha escrito!)

FIAMETTA. -(Mirando al interior.) La condesa viene.

Escena X

Dichos. -JULIA. -después MONTEFIORE. -DONATO.

JULIA. -El marqués y yo, (A Myrta.) querida hija, nos hemos anticipado a vuestros deseos, señalando el día de vuestra unión para esta semana: esta se efectuará sin ruido, y los pobres únicamente se apercibirán de que sois la heredera de Fieramonte, y que Donato descende de Scylla.

MYRTA: -Ya sabéis, señora que no tengo más voluntad que la vuestra. (Se oyen cantares a lo lejos.)

MARÍA. -¡Él es... Donato!... (Corriendo hacia el terrazo.) Reconozco el canto de sus marineros.

JULIA. -Myrta... ¿Por qué veo retratada la tristeza en vuestro rostro?

MYRTA. -Señora, el grande cambio que va a efectuarse en mi existencia, me preocupa demasiado; el porvenir me inquieta.

MARÍA. -¡Aquí está! ¡aquí está! (Montefiore entra con Donato.)

MONTEFIORE. -Venid aquí, querido duque, venid aquí; todo el mundo os espera con impaciencia.

MARÍA. -¡Donato! ¡hijo mío! (Queriendo abrazarle.)

DONATO. -Aparta, nodriza, déjame saludar a mi madre, y besar la mano a mi prometida: ya tendrás tiempo para fastidiarme después. (Saluda a Julia y besa la mano a Myrta.)

MONTEFIORE. -¿Habéis conseguido algo? (A Donato.)

DONATO. -Nada, el tiempo ha frustrado mis planes.

MARÍA. -¿Y tu herida?

DONATO. -Esta noche he recibido aviso de Pérgami el pescador, uno de mis fieles agentes, de que esos infames piratas están a la vista de nuestras costas, y se pasean insolentemente por ellas; sin duda meditan alguna empresa atrevida, tal vez quieran atacar algún castillo de la costa. ¿Cuál? lo ignoro. Por lo que ocurra, he prevenido al pasar a Montecorvino que avise a todos los demás, y esos bandidos encontrarán quien les reciba.

MONTEFIORE. -(En voz baja a Donato.) ¿Y estas señoras no corren peligro?

DONATO. -De ningún modo osarán acercarse hasta nosotros... He pedido por si acaso al podestá treinta hombres resueltos, y he dado orden a mi gente para que esté preparada.

BEPPO. -(Entrando.) Un pliego de la corte.

MONTEFIORE. -Es del virrey: tomad Donato, este mensaje os concierne.

DONATO. -Venga. (Vase Beppo.)

JULIA. -(A Donato.) ¿De qué trata?

MONTEFIORE. -Su majestad el rey de España, aprueba la unión de vuestro hijo con mi pupila... Y como regalo de boda da a vuestro hijo, si no los títulos, al menos los bienes de su padre.

JULIA. -(Con ironía.) Yo no sabía que S. M. se hallase tan bien dispuesto en favor de los Scyllas...

DONATO. -El virrey ha disipado las últimas nubes que nos separaban.

JULIA. -¿Y de qué modo?

DONATO. -Me parece que...

MONTEFIORE. -Hemos podido probar a S. M. que el duque de Scylla, no se había opuesto nunca a los derechos de la España, y que no había tomado las armas más que contra Federico de Aragón.

JULIA. -¡Yo creía, caballero, que conocíais mejor la historia del que fue un instante vuestro jefe! El duque de Scylla era un rebelde, un proscrito que murió proclamando la libertad de su patria, y maldiciendo a los opresores de Nápoles. (A Donato.) ¡Os estoy contando los últimos momentos de vuestro padre, caballero! (Donato se descubre.)

MONTEFIORE. -¡Señora! (Retirándose.) No os retiréis... Vais a ser de la familia y podéis oír cuanto se diga. (A Donato.) Veamos ese despacho.

DONATO. -(Resistiéndose.) ¡Pero!...

JULIA. -Quiero verlo. (Después de haber leído.) ¡Dios mío! Perdón, señor marqués. (A Montefiore.) Tenéis razón, debo estar sola con mi hijo.

MARÍA. -(¡Maldición para ella si llegara a odiarle!) (Montefiore sale con Myrta y María.)

Escena XI

JULIA. -DONATO.

JULIA. -¿Por qué me habéis engañado?... Ved aquí la verdad... ¡No ha sido el virrey quien ha pedido, no!

DONATO. -¡Señora!

JULIA. -¡Callad, caballero, callad! ¡no ha sido él quien ha demandado gracia; no ha sido él quien ha pedido la fortuna para el hijo, al precio del honor de su padre! Habéis sido vos.

DONATO. -Mi padre veía la dicha del pueblo de Nápoles en la libertad... Y yo...

JULIA. -¡Vos!... La veis sin duda en la insolencia y bajo el látigo de sus opresores... ¡Ah! vos que habéis sido engendrado por un gigante, descendéis a la altura de un pigmeo... Habéis logrado acercaros al glorioso mártir de nuestras guerras para arrancarle de la frente su aureola... ¡Misericordia y orgullo! ¡Rebajar esa gloria, arrastrar por el cieno ese renombre! ¡Habéis escogido una tumba para que sirva de pedestal a vuestra ambición! ¡no era nada para vos esa tumba, y habéis tomado sus huesos para hacerlos cómplices de vuestra

infamia!... Esa es la última de las impiedades... ¡Y todo por un castillo más en vuestros dominios!... ¡He aquí el hombre impío que deshonra un muerto!... ¡Ved aquí al hijo sacrílego que pone precio a los restos de su padre! ¡Tan poco tenéis de la fiereza y del alma de lo Scyllas, que me pregunto cómo puede correr su sangre en vuestras venas!...

DONATO. -¡Señora!...

JULIA. -¿Un relámpago de cólera brilla en vuestros ojos?... Bien: casi estoy tentada de daros gracias por haberos olvidado un instante hasta de vos mismo, cuando vuestra madre os acusa de semejante infamia. (Le da los papeles.) Tomad... Haced justicia... Destruid ese despacho, Donato. ¡Rechazad ese sacrilegio!... ¡Confunde bajo tus pies esa vergüenza que te arrojan al rostro, después de haber pisoteado la frente de un muerto!.. ¡El oro pesa menos que el honor!... ¡No serás tan poderoso!.. No serás tan rico... Pero en cambio serás un hombre honrado... un hijo piadoso... ¡Toma!... Toma... (Donato toma el pliego y lo dobla lentamente.)

DONATO. -(Con frialdad.) Es imposible, señora.

JULIA. -¡Imposible!

DONATO. -Es un poco pesada la carga de un nombre proscrito.

JULIA. -La persecución no asusta más que a los cobardes: ¡no espanta más que a los débiles!

DONATO. -Me haría un enemigo implacable del rey de España.

JULIA. -¡Tu padre tuvo a Fernando V por enemigo!

DONATO. -Por eso murió asesinado.

JULIA. -Morid como él... ¿os calláis? Yo seré entonces la que destruya ese odioso despacho... y la que lo confunda bajo mis pies... Dámelo... yo te lo mando.

DONATO. -(Fríamente.) Vos no sois aquí nada, señora... sólo sois mi madre.

JULIA. -(Con solemnidad.) ¡Yo no soy nada!... (Se aleja; después dice volviéndose.) ¡Nada!... (Vase Julia.)

Escena XII

DONATO.- Después MYRTA. -FIAMETTA.

DONATO. -Hubiera debido escucharla... ¡No! ¡Ya no es tiempo! El que ha hecho lo que yo, no debe retroceder nunca.

FIAMETTA. -(Saliendo apresuradamente.) ¡Beppo! ¡Paolo!... venid todos aquí.

DONATO. -¿Qué sucede?

FIAMETTA. -¡Una desgracia, señor!

DONATO. -¿Cuál es?

FIAMETTA. -La señorita Myrta estaba paseando por la terraza, cuando en la sombra vio cruzar una barca tripulada por hombres armados.

DONATO. -¡Hombres armados!

FIAMETTA. -Al ver que uno de ellos la miraba fijamente se asustó, y al retirarse jugando maquinalmente con la sortija, se le escapó de la mano y cayó al golfo. (A los criados.) Veamos cuál de vosotros se atreve a buscarla.

BEPPO. -(Entrando, a Donato.) El Podestá acaba de llegar con treinta hombres armados.

DONATO. -El refuerzo que le pedía. Está bien.

MYRTA. -(Entrando.) Esa sortija era una reliquia... mi madre moribunda me la entregó después de haber depositado en ella su último beso... ¡con ella pierdo la postrer memoria de mi madre!

DONATO. -(A los criados.) Cien ducados al que la traiga. (A Myrta.) Perdona, bella prima. (Al criado.) Venid. (Sale con él.)

FIAMETTA. -(A los criados.) El señor Donato os ofrece cien ducados.

PETRUC. -El mar está muy alborotado.

FIAMETTA. -Doscientos ducados.

UNO. -El viento sopla anunciando borrasca.

FIAMETTA. -Trescientos: quinientos ducados tenéis...

MYRTA. -La mitad de mi fortuna os ofrezco.

PETRUC. -Imposible.

MYRTA. -Imposible. ¡Ah! ¡Dios mío! (Cae en una silla: a este tiempo entra Ben-leil en traje de pescador: llega hasta Myrta y pone una rodilla en tierra.)

Escena XIII

Dichos. -BEN-LEIL.

BEN-LEIL. -Aquí tenéis vuestra sortija, señora.

MYRTA. -¡Ah!

BEN-LEIL. -Yo soy un pobre pescador de coral. Estaba explorando estas costas, cuando un golpe de remo dado en falso hizo saltar mi puñal al agua: me arrojé en su busca, pero en vez de mi puñal he encontrado esta joya. (¡El hombre que os miraba, Myrta, era yo!)

MYRTA. -He prometido la mitad de mi fortuna al hombre que trajera esta sortija, y sostengo mi palabra.

BEN-LEIL. -Preguntad a esas buenas gentes, señora, y os dirán que todos los pescadores de coral son seres fantásticos. Mi hermana os ha visto en la fiesta de Martola, y me ha dicho: -Hermano, quiero tener una cinta como la que lleva la princesa de Fieramonte en sus cabellos. -¡Es tan caprichosa mi hermana!... -Bien, le respondí yo; la tendrás aunque tuviera que ir por ella a Madras o a Calcuta. -Vos podéis evitarme ese largo y penoso viaje. Dadme esa cinta y quedaré pagado. (Myrta le da la cinta.) (¿Y conseguiré que sea mujer de otro? ¡No... no... jamás!) (Se oyen gritos fuera.)

Escena XIV

Dichos. -TOMÁS. -Criados.

TOMÁS. -(A los criados.) ¡A las armas! ¡Los piratas se dirigen hacia el castillo! ¡a las armas!

FIAMETTA. -¡Los piratas! ¡Ay, Dios mío!

TOMÁS. -(A Fiametta que se va.) Ve a tranquilizar a la condesa.

MYRTA. -(A Tomás.) ¿Los piratas has dicho?

TOMÁS. -Aquí no corréis ningún peligro. (A los criados.) Estaban escondidos en una ensenada de la isla de San Pablo. El duque nos espera en la plataforma. Vamos. (Vanse: a poco he oyen tiros.)

Escena XV

MYRTA. -BEN-LEIL.

MYRTA. -(Con terror.) ¡Oh!

BEN-LEIL. -No temáis nada; yo velo por vos.

MYRTA. -¡Dios mío! ¡Dios mío! (Siguen los tiros.)

BEN-LEIL. -Escuchadme, Myrta: al pie de este castillo se baten y mi puesto está entre los que triunfen o entre los que mueran.

MYRTA. -¡Morir!

BEN-LEIL. -Mi suerte depende de vos. ¿Debo vivir?

MYRTA. -¡Ah! ¡esos tiros, esos gritos!

BEN-LEIL. -Es el grito de los que mueren, la fusilería de los vivos. ¿Debo vivir?

MYRTA. -¿Cuál es vuestro nombre?

BEN-LEIL. -¡Mi nombre!

MYRTA. -¿Por qué palidecéis?

BEN-LEIL. -¡Mi nombre!

MYRTA. -¿Por qué tembláis?

BEN-LEIL. -Yo me llamo Ben-leil.

MYRTA. -(Retrocediendo horrorizada.) ¡Ben-leil!

BEN-LEIL. -¡Oh! ¡Perdonadme! ¡piedad! ¡piedad!

MYRTA. -No os acerquéis a mí.

BEN-LEIL. -(Arrojándose a sus pies.) ¡Me escucharéis, Myrta! ¡Oh si me escucharéis! Por veros he atravesado los mares... ¡he arriesgado veinte veces mi vida por hablaros!... Y este minuto de placer, por fugitivo que sea, lo he comprado por un crimen. (Siguen los tiros.) Mis amigos mueren y yo estoy a vuestros pies... su sangre corre, y yo no hago caso de sus voces por escuchar mejor la vuestra. (Movimiento de Myrta.) ¡Oh! Quedaos... ¿Es culpa mía el amaros? ¿Es culpa mía no haber tenido al rededor de mi cuna más que hombres fieros y rudos?... Yo conservo algo de su rudeza, pero mi corazón es bueno, mi corazón es puro.

MYRTA. -Callaos.

BEN-LEIL. -¡Si muero condenado por vos, será mi primera alegría en la vida! Si vivo salvado por vos, será mi primera esperanza.

MYRTA. -¡Dios mío! ¡Dios mío!

BEN-LEIL. -¿Debo vivir, o debo morir?

MYRTA. -¡Vivid! (Se dirige al terrazo, a tiempo que Brabadura, Guisca y piratas escalan el terrazo.)

Escena XVI

Dichos. -BRABADURA. -GUISCA y piratas.

MYRTA. -(Retrocediendo.) ¡Ah! ¿esos hombres?

BRABADURA. -¡Truenos y rayos! ¡He aquí una aventura de amor que nos cuesta cara! Hemos sido rechazados... nos persiguen; ya solo tenemos tiempo para saltar esa terraza y arrojarnos en nuestras barcas, Vivo... capitán, ¿os gusta esa mujer? pues qué diablo, carguemos con ella.

DONATO. -(Dentro.) ¡Por aquí! ¡por aquí!

MYRTA. -¡La voz de Donato!... ¡A mí, Donato! ¡a mí!

BEN-LEIL. -(Con rabia y a los piratas.) ¡Donato!... Cerrad esas puertas. (A Myrta.) ¡Ah!... ¡Conque llamáis a vuestro prometido cuando yo estoy aquí!... ¿al que quizás amaréis? Pues bien, seré para vos lo que hubiera debido ser. Yo soy Ben-leil el bandido, Ben-leil el pirata, que no conoce más voluntad que la suya y que os roba. (La coge en brazos.)

MYRTA. -¡Socorro, socorro!

BEN-LEIL. -¡Ni el cielo, ni el infierno te arrancarán de mis brazos! (Se la lleva.)

BRABADURA. -¡Andando! ¡Magnífica presa! (Saltan la balaustrada. Se oyen los golpes que dan a la puerta Donato y los suyos. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero
La isla de los piratas

El teatro representa una isla. En primer término ruinas de un templo; al fondo rocas, y a lo lejos el mar.

Escena I

BRABADURA. -GUISCA. -FINGAR. -PIRATAS. -Al levantarse el telón, se oyen dentro los cantos del festín. Fingar está paseándose sola por el fondo.

GUISCA. -¡Cómo se divierten esos bribones! El capitán piensa en todo menos en salir por aquí fuera a tomar el fresco. No importa; la isla de las ruinas está hoy de fiesta. Hay mujeres, vino... ¡broma larga!... Di, Brabadura, ¿no es verdad que Fingar, la sultana del capitán parece que ha calado los masteleros y ha izado el pabellón negro esta mañana? Mírala, mírala dar bordadas al rededor de la sala del festín como si hubiese bebido vino de Chipre o meditara algún abordaje al través. (Gritos y canto dentro.) ¡Diablo! ¡cómo se divierten! ¡Ah! si yo no estuviese de cuarto...

BRABADURA. -(Mirando a Fingar) De veras que nuestra bella Fingar está hoy más pensativa que de ordinario: ¿estará celosa?

GUISCA. -No le falta razón. Yo me he acercado a la mesa donde estaba sentado el capitán con la presa que hicimos el otro día... esa bella siciliana. ¡Oh! ¡magnífica criatura! A decir verdad, parece una estatua; pero qué ojos, Brabadura, ¡qué ojos! Comprendo que el capitán está enamorado de ella.

BRABADURA. -¡El amor! Si me trajeran al que ha inventado esa farsa, lo colgaba de la punta de una antena. (Cantos y risas.) Bien, bien: cantad, bebed; olvidáos de que nuestros centinelas han señalado hace una hora una corbeta navegando a la bolina con dirección a Capri. ¡Oh! ¡a mí no me engaña! Ese buque me da mala espina; es preciso velar, ya lo he dicho... ¿y qué?... Cantan y ríen. ¡Ea! ¡arriba! vamos a doblar los centinelas a lo largo de la costa de las palmeras. En marcha. (Vanse todos menos Fingar.)

Escena II

FINGAR, sola.

FINGAR. -¿Por qué he de amar a ese hombre que hoy me desprecia?... Yo necesito vengarme... no en vano corre por mis venas la sangre de las hijas del Archipiélago. ¡Sí, me vengaré! (Subiéndose a las rocas del fondo.) La corbeta de Donato se halla a tres millas de aquí, y una palabra mía puede causar la muerte de Ben-leil y de esa mujer que me ha

robado su amor. ¡Sí... iré a buscarlos; que los maten embriagados en los placeres del festín! Los celos que me devoran, me roban la razón y la piedad. ¡Me vengaré!

Escena III

FINGAR. -MYRTA, que aparece asustada por la izquierda donde figura estar la sala del festín.

MYRTA. -¡Una mujer! ¡Ah! al menos vos me protegeréis; ¡defendedme! las dos juntas seremos fuertes... ¿No escucháis esas carcajadas?... su cólera me espanta menos que su alegría. ¡Ah! ¡sí los hubieseis visto!... sus ojos chispeaban, sus manos estaban crispadas; uno de ellos ha roto su copa sobre la cabeza de un esclavo... ¡y se han reído! otro se ha abierto el brazo para probar que su sangre tenía el color del vino con que se embriagaba... ¡y también han reído! con esa carcajada satánica y estridente que se parece a los rugidos del tigre... (Risas y ruido fuera.) ¿Y esos son los hombres que él manda?... ¡con los que vive!

FINGAR. -El señor es el dueño, y no se murmura nunca de su voluntad.

MYRTA. -¿Y quién eres tú?

FINGAR. -Yo era más rica y más poderosa que tú, que eres princesa de Fieramonte; hoy sólo soy su esclava.

MYRTA. -¡Pobre niña!

FINGAR. -Mal haces en compadecerme.

MYRTA. -¿Y no piensas en tu patria?

FINGAR. -No.

MYRTA. -¿Y no sientes haber abandonado a tu padre, a tu familia, a tus amigos?

FINGAR. -No me acuerdo de nadie.

MYRTA. -¿Y no aborreces a ese hombre? ¿No le maldices?

FINGAR. -Al contrario, le amo.

MYRTA. -¿Se le puede amar acaso?

FINGAR. -Sí, harto lo sabes tú.

MYRTA. -¿Yo? valdría más un veneno en las venas que semejante amor en el corazón. Tú le amas... ¡ah! ya no me admiro de que tus manos estén ardiendo.

FINGAR. -Sufro mucho...

MYRTA. -De que tus ojos brillen con un fulgor sombrío.

FINGAR. -Es porque la rabia me devora, porque te odio.

MYRTA. -¡A mí!

FINGAR. -Sí, te odio porque él te ama.

MYRTA. -¡Ah! estoy perdida. (Se aleja de Fingar.)

Escena IV

Los mismos. -BEN-LEIL. -PIRATAS. -A poco BRABADURA.

BEN-LEIL. -Ya que huís del festín, el festín viene a buscaros mi bella desdeñosa.
¡Abandonarnos cuando sois la reina de la fiesta!

MYRTA. -(¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!)

BRABADURA. -(Saliendo apresuradamente.) ¡Truenos y rayos! Acaban de sorprender en las rocas del arrecife grande dos espías extranjeros; ya les traían aquí, cuando han logrado escaparse de manos de nuestros hombres, precipitándose al mar, donde se han ahogado. Capitán, yo veo turbio; algo malo pasa aquí.

BEN-LEIL. -(Sin escucharle y fija su mirada en Myrta.) ¡Brabadura!

BRABADURA. -¿Qué?

BEN-LEIL: -Mírala. Parece la estatua del orgullo. ¡Oh! quiero vencerla por el estupor, por el espanto.

BRABADURA. -Sí, pero ahora...

BEN-LEIL. -¿Qué diablos hacéis vosotros? ¿qué significan esas frentes inquietas? ¿por qué abandonáis los placeres del festín? corramos a beber.

BRABADURA. -¡Eh! alto ahí: no es tiempo ahora. Capitán, acaba de apresarse un buque chato que había encallado en el paso del coral; los doce hombres que lo tripulaban se han dejado matar uno a uno hasta lo último. Yo veo esto turbio.

BEN-LEIL. -(Mirando siempre a Myrta.) Silenciosa y esquiva.

BRABADURA. -Perdón, Capitán, truenos y rayos, es preciso que yo os hable.

BEN-LEIL. -¡Vete!

BRABADURA. -Capitán, que es preciso.

BEN-LEIL. -¿Soy, o no el señor? (Brabadura baja la cabeza, duda, pero se retira.)
¿Comprendes ahora mi poder, desdeñosa? Ya has visto nuestras danzas y nuestros festines, ahora vas a ver nuestras riquezas. (A una seña de Ben-leil algunas esclavas sacan cofres que depositan a los pies de Myrta.)

ESCLAVA 1ª. -Tú eras en Nápoles princesa, aquí serás reina. En este cofre se encierran todos los esplendores de la tierra. Mira el oro por do quiera, no tienes más que extender la mano, para hacer rodar a tus pies una lluvia de oro.

ESCLAVA 2ª. -Quizás habrás pensado alguna vez en ver adornados tus negros cabellos con las más ricas perlas del mar, y tus hermosos brazos con los corales más rojos; aquí los tienes.

FINGAR. -Perlas y diamantes, corales y rubíes, no son más que para realzar tu hermosura; antes de venir tú, era yo la sultana de estas comarcas; en adelante seré tu primera esclava. Mío es el honor de ceñirte esta corona, así estarás más seductora a los ojos de tu señor. (Presentándola un espejo.) ¿Te encuentras bastante hermosa?

MYRTA. -(Llorando.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tened piedad de mí!

BEN-LEIL. -(¡Y llora!) Alejáos.

FINGAR. -(¡Cómo la ama!)

BEN-LEIL. -(¡Está llorando!) ¡Tierra y Cielo! ¡No he dicho que se me deje solo! (Vanse todos. Fingar se dirige a las rocas del fondo derecha.)

FINGAR. -¿A qué aguardo? ¿Pueden humillarme más? Ya sabrás Ben-leil que no se ultraja impunemente a las hijas de Grecia. Corramos a buscar la corbeta... a vengarme. (Vase apresuradamente por las rocas.)

Escena V

BEN-LEIL. -MYRTA.

BEN-LEIL. -Perdón. ¡Oh! toda mi sangre por no ver correr esas lágrimas. ¡Yo te amo!

MYRTA. -(Con desprecio.) ¡Yo te amo!

BEN-LEIL. -Yo os amo.

MYRTA. -Seré quizás vuestra prisionera, pero no soy aún vuestra esclava.

BEN-LEIL. -¡Myrta!

MYRTA. -Una princesa de Fieramonte puede dejarse conmovir por tal suspiro, por una mirada, por una sonrisa quizás, pero estas perlas, estas perlas que habéis robado, estos corales y estos diamantes arrancados en el pillaje y el saqueo; este oro manchado aún de sangre, son dignos adornos de vuestras compañeras, ¡pirata! es la dote, de vuestras mujeres, ¡bandido! (Arroja las joyas.)

BEN-LEIL. -¡Ah! ¡esto es demasiado! En la lengua berberisca se me llama con una palabra que significa hijo de la noche. Se equivocan, sólo soy hijo de mi valor y de mi voluntad.

MYRTA. -Poco me importa.

BEN-LEIL. -¿Qué, tienes acaso alguna fuerza contra mi fuerza?

MYRTA. -No se teme lo que se desprecia.

BEN-LEIL. -Escuchad Myrta, yo renunciaré a mi vida de pirata, iré a arrojarme a los pies del virrey; yo, que no he inclinado mi cabeza sino ante Dios, me humillaré hasta la súplica, y le diré: monseñor, hasta hoy he sido una amenaza para vos, pero vedme aquí suplicando y con las manos juntas; yo soy buen marino, valiente soldado; enviadme a uno de vuestros buques, o a un campo de batalla; por pequeño que sea mi puesto yo lo aceptaré sin vacilar; por grande que pueda ser, yo le llenaré. ¡Ah! dejadme que me haga digno de la que amo. Yo seré menos terrible, menos grande quizás, pero seré más útil. Ya no quiero ser el señor, seré sólo el esclavo. (Arrodillándose.) ¡Ah! ¿no queréis que sea vuestro esclavo?

MYRTA. -No debo dar oído a vuestras palabras.

BEN-LEIL. -A precio de mi sangre rescataré mi pasado; si alguna vez me decís «sé ilustre y glorioso como César» ¡oh! entonces todo será posible, ¡es tan fácil hacerse grande cuando nos anima la mirada de la mujer que se adora! vamos, Myrta sed la mano que me levante, el valor que me guíe, el alma que me purifique, reconciliándome conmigo mismo y con Dios. ¡Ah! ¡os calláis!... (Levantándose.) Andáos con cuidado niña.

MYRTA. -No se teme a nadie, cuando se tiene valor para morir.

BEN-LEIL. -¡La muerte! yo la desafío, que venga a arrancarte de mis brazos.

MYRTA. -¡Insensato! ¿No conoces que la muerte está en todas partes? La muerte está en ese mar, en cuyo seno puedo buscar un abrigo; está en esas flores emponzoñadas que no tengo más que llevar a mis labios; está en tu amor, porque si yo quiero me matarás.

BEN-LEIL. -Callaos, no me hagáis entrever que sois mortal, y que con vuestra muerte puedo vengarme de un rival que odio.

MYRTA. -¡Un rival!... Sí, ese rival es mi prometido.

BEN-LEIL. -Callaos, lo sé.

MYRTA. -Ese rival es el esposo que me he escogido.

BEN-LEIL. -Callaos.

MYRTA. -Y ese rival le amo.

BEN-LEIL. -(Lleva la mano a su puñal.) ¡Estáis tentando a Dios!

MYRTA. -Le amo, sí, le amo.

BEN-LEIL. -¡Ah! (Va a herirla y tira el puñal.)

MYRTA. -¿Dudas aún? ¡Paciencia! ya lo harás, tu puñal te es familiar.

BEN-LEIL. -No, quiero que vivas.

MYRTA. -¿Para quién? ¿Para ti quizás? (En tono irónico.)

BEN-LEIL. -¡Ah! yo me he arrastrado a sus pies y ella se burla, pues bien, ríe ahora; ya hice pedazos mi ídolo. Estás aquí, me perteneces, eres mía, ¿lo oyes? No como amiga sino como esclava; no como mi esposa sino como mi querida.

MYRTA. -No te temo.

BEN-LEIL. -¿Y tiembles sin embargo?

MYRTA. -Por ti, porque Dios te mira en este momento.

BEN-LEIL. -Dios me herirá cuando quiera.

MYRTA. -¡Sacrílego! (Se oyen los cantos del festín.)

BEN-LEIL. -Los cantos vuelven a empezar, ¿los oyes? Cada uno de mis compañeros tienen a su lado su querida, y yo quiero también mostrar la mía en el festín; ven, vas a seguirme.

MYRTA. -(Retrocediendo.) ¡Ben-leil!

BEN-LEIL. -Te he suplicado, y has sido sorda a mis súplicas. Suplica a tu vez, yo seré sordo a tu voz.

MYRTA. -Por muy cobarde y muy miserable que seas, habrás tenido una madre: pues bien, insultándome insultas a tu madre; la ultrajas ultrajándome.

BEN-LEIL. -(Deteniéndose.) ¡Mi madre!

MYRTA. -(¡Se ha estremecido!) Pues bien, si tu madre te viese en este momento, ¿te atreverías a despreciar mis lágrimas? ¿Osarías ante ella insultar a una mujer?

BEN-LEIL. -¡Mi madre!

MYRTA. -¿Ha muerto acaso? Puesto de rodillas delante de su tumba debías implorar el perdón de tus faltas. (¡Ah! ¡está llorando!)

BEN-LEIL. -¡Mi madre!... (Se arrodilla.) ¡Ser adorado que no conozco; fantasma querido de mi imaginación y que me sonrío en mis sueños! ¡Mi madre! ¿me habláis quizás en su nombre en este momento? (Se descubre.)

MYRTA. -(¿Qué Veo? ¡Es la señal de un origen ilustre, es el blasón de los Scyllas! ¡Dios mío! ¿qué misterio se encierra aquí?)

BEN-LEIL. -¡Ah, Myrta! Una palabra vuestra ha destruido todas mis esperanzas. Por lo que más améis en el mundo, ¿me concederéis el favor de estrechar vuestra mano?

MYRTA. -Sí, tomadla.

BEN-LEIL. -Sois libre... (Con voz ahogada por el dolor.) y sin embargo, ¡os amaba con todo mi corazón! (Cae sentado con la cabeza entre las manos. Se oyen gritos de alerta que se van perdiendo a lo lejos.)

Escena VI

Dichos. -GUISCA, precipitadamente. -Después BRABADURA. -PIRATAS.

GUISCA. -Capitán, nos han vendido: estamos cercados.

MYRTA. -¡Dios mío!

GUISCA. -La flota española arriba a nuestros puertos, y antes de un cuarto de hora las tropas del Virrey desembarcarán en la isla.

BEN-LEIL. -¡La isla!... ¡tropas!... ¿qué dice? (Aparecen varios piratas en desorden.)

GUISCA. -Ved que apenas tenemos tiempo para aprestar nuestras embarcaciones: ¡las tropas del Virrey avanzan al grito de viva Donato!

BEN-LEIL. -¡Donato!... ¡ah! ¡vuestro prometido! ¿Dónde están mis armas? Poned a esa mujer en sitio seguro, y me respondéis de ella con vuestra cabeza.

MYRTA. -¡Ben-leil, por piedad!

BEN-LEIL. -¡Que se la lleven, digo! (Se la llevan.) Ahora, compañeros, a las embarcaciones.

UNO. -Las amarras han sido cortadas; ¡estamos perdidos!

BEN-LEIL. -¡Perdidos, cuando yo estoy en pie!

GUISCA. -(Desde lo alto de la roca.) La fragata española se aproxima... corramos hacia el puente.

TODOS. -Vimos. (Se oye un cañonazo.)

BRABADURA. -(Saliendo.) Deteneos. Una bala acaba de echar abajo el puente.

BEN-LEIL. -¡Ah! han querido pillar al león en su caverna.

BRABADURA. -Caro les ha de costar. Aquí, muchachos. (Echan abajo una columna y se descubre una trampa que da entrada al subterráneo.) Capitán, si nos vemos perdidos...

BEN-LEIL. -Tienes razón, Brabadura, ¿cuánta pólvora tenemos en el subterráneo?

BRABADURA. -Mil quintales.

BEN-LEIL. -¿Cuánto tiempo podemos defendernos?

BRABADURA. -Mientras nos quede carne sobre los huesos.

TODOS. -Sí, sí.

BEN-LEIL. -(En voz baja a Brabadura.) Si muero, a ti te dejo encomendada a Myrta.

UNO. -(Asomándose por una roca.) Ya están aquí. (Aparece un buque por el foro.)

BEN-LEIL. -Ahora, compañeros, que quede memoria de los Hijos de la noche.

Escena VII

Dichos. -DONATO. -Soldados. Desembarco. Después de una corta lucha los piratas son vencidos. Ben-leil y algunos retroceden defendiéndose hasta las ruinas.

DONATO. -¡A ellos mis valientes! ¡fuego!

BEN-LEIL. -¡Vendamos caras nuestras vidas, fuego!

BRABADURA. -(Cayendo herido.) ¡Diablo! Aquí concluyó mi historia.

BEN-LEIL. -¡Tierra y cielo!

DONATO. -Rendíos o sois muertos.

BRABADURA. -Al menos quiero morir de pie.

BEN-LEIL. -(Cogiendo una antorcha que le trae un pirata y colocándose en la entrada del subterráneo.) Truenos y rayos, un paso más, y hago volar estas ruinas. (Donato detiene a sus soldados. Desde este momento debe cesar completamente el fuego para que pueda oírse el final del acto.)

DONATO. -Ahora pagarás tus infamias.

BEN-LEIL. -Ven a buscarme si te atreves. (Aparece Myrta entre las ruinas.)

MYRTA. -¡Dejadme! Yo también quiero morir. (Desde que sale Myrta, Ben-leil baja la antorcha y se queda estático mirándola.)

DONATO y BEN-LEIL. -¡Myrta!

MYRTA. -(A Ben-leil.) Esos soldados se sacrifican por mí, y quiero participar de su suerte.

BRABADURA. -Fuego a la pólvora, mi capitán, fuego a la pólvora.

BEN-LEIL. -Muerta por mí... ¡ella! Nunca.

BRABADURA. -¿Qué esperáis? fuego.

BEN-LEIL. -Donato, soy tu prisionero. (Arroja la antorcha. Los soldados de Donato se lanzan sobre Ben-leil y los suyos. Cuadro final.)

FIN DEL ACTO TERCERO

Acto cuarto
Las dos madres

Salón en el palacio de los Scyllas: a la izquierda y en primer término una capilla; al lado puerta secreta. A la derecha el oratorio de Julia; puerta al fondo. Encima un retrato del duque de Scylla con el traje que sacó en el prólogo.

Escena I

JULIA. -Después FIAMETTA. -Julia está arrodillada delante de un reclinatorio. Fiametta sale por el fondo.

FIAMETTA. -(Pues señor, este es un día que dejará recuerdos. El triunfo de monseñor Donato y esos pobres piratas que ha hecho matar a todos en su isla... hasta al teniente Brabadura. En fin, esta tarde un casamiento... ¡el casamiento de mi pobre señorita!...)

JULIA. -(Viéndola.) ¿Eres tú, hija mía?... ¿has iluminado la capilla?

FIAMETTA. -Voy a hacerlo, señora. El limosnero del castillo se pondrá a las órdenes de la señora condesa a las doce de la noche.

JULIA. -Bien.

FIAMETTA. -¿Y la señora condesa acudirá sola aquí? Se dice que a esa hora la sombra del Duque aparece por esa capilla. (Señalando a la capilla.)

JULIA. -¡Oh! ¡hija mía! los muertos no vuelven más.

FIAMETTA. -(Desde aquí se ven las sombrías paredes donde están colgadas las armaduras de los Scyllas. ¡Jesús! ¡¡Si parecen hombres de hierro!! (Myrta aparece por la puerta secreta.) ¡Ay, qué susto me ha dado!) (Fiametta entra en la capilla.)

Escena II

JULIA. -MYRTA.

MYRTA. -¡Os buscaba, señora!

JULIA. -¿Tú buscas la soledad y la tristeza con esos vestidos de fiesta?... ¡Pobre niña! ¡cuán pronto has conocido el dolor!

MYRTA. -Y el más cruel de todos es el estar prometida a un hombre que no se puede amar.

JULIA. -¿No amas, pues, a Donato?

MYRTA. -Yo quisiera no pensar más que en Dios y entrar en un convento.

JULIA. -¿Amas tal vez a otro?... ¡Oh! todo puedes confiármelo... mi corazón es piadoso e indulgente para con los que aman.

MYRTA. -Así lo he comprendido, y por eso he venido a buscaros.

JULIA. -Háblame como a una amiga, como si no fuera la madre de Donato... ¿Su nombre?

MYRTA. -¡Lo ignora él mismo! Es un niño abandonado que unos piratas recogieron; ¡pero cosa extraña, señora!... ¡es la viva imagen de Scylla!

JULIA. -¡De Scylla! La naturaleza es impotente para reproducir la fisonomía y los rasgos de ciertos hombres... ni aún su mismo hijo se lo parece.

MYRTA. -Tomás ha creído encontrar de nuevo a su amo al verle. Esto puede ser una cruel casualidad, pero todo en él recuerda al héroe de que tantas veces me habéis hablado... hasta tiene sobre la frente un mechón de cabellos blancos.

JULIA. -¡El blasón de los Scyllas! Estás loca, niña, estás loca. (Señalando al retrato.) Mira.

MYRTA. -¡Ben-leil!

JULIA. -No. Scylla.

MYRTA. -Scylla para vos, Ben-leil para mí.

JULIA. -(¡Otra vez esta duda!...) ¿Y dices que nunca ha conocido a sus padres?

MYRTA. -No.

JULIA. -(¡Ah! ¡Dios mío!) ¿En dónde está?

MYRTA. -Prisionero en uno de los calabozos del subterráneo.

JULIA. -¿Quién le guarda?

MYRTA. -Tomás.

JULIA. -¿Y Donato?

MYRTA. -Donato ha hecho levantar el cadalso destinado al prisionero; ¡si el Virrey consiente, le hará morir a nuestros ojos, señora!

JULIA. -Vamos, cálmate... ¿Y tú has contado con mi clemencia para salvarle?

MYRTA. -Yo he contado con vuestros recuerdos.

JULIA. -Quiero verle, ven. (Vanse por la puerta secreta.)

Escena III

FIAMETTA sale de la capilla. -Después MARÍA.

FIAMETTA. -Ya está todo arreglado. ¡Ah! ¡pues estoy sola!

MARÍA. -(Por el foro.) (He creído oír la voz de Myrta.)

FIAMETTA. -(¡María!)

MARÍA. -(¿Qué habrá dicho la condesa? Ni la una ni la otra aman a Donato.)

FIAMETTA. -(Esta mujer anda siempre conspirando.) ¿Me buscabais, María?

MARÍA. -No, busco a la condesa.

FIAMETTA. -Hace poco ha estado aquí con la señorita de Fieramonte.

MARÍA. -(La puerta del subterráneo está abierta.) (Señalando la puerta.) ¿Ha venido por allí la condesa?

FIAMETTA. -(La espiaba.) No.

MARÍA. -Lo hubiera creído... Estaba muy agitada, ¿no es verdad?

FIAMETTA. -¿Por qué había de estarlo?

MARÍA. -(Recogiendo un pañuelo.) ¿Ha olvidado su pañuelo, un pañuelo bordado por su madre?

FIAMETTA. -(¡Qué mujer esta!) A mí me ha parecido tranquila, aun indiferente.

MYRTA. -¿Y habrán bajado sin duda al subterráneo?

FIAMETTA. -¿Esa puerta os hace sospechar?... he sido yo quien la ha abierto: oí ruido, y era el prisionero que se quejaba... ¿Dicen que lo juzgarán muy pronto?

MARÍA. -A esa gente no se la juzga, se la cuelga.

FIAMETTA. -¡Ya lo creo! ¡un pirata!... ¿Dicen que el capitán es horroroso?

MARÍA. -No, es un hermoso joven a quien tú no conoces.

FIAMETTA. -¿Yo?

MARÍA. -El levantino.

FIAMETTA. -¿De veras es él? (¡Pobre señorita!)

MARÍA. -Deben estar en el oratorio... voy a ver... (Vase por la derecha.)

FIAMETTA. -¡Cómo me mira!... Yo no soy mala, pero creo que tendría valor para hacer daño a esa mujer.

Escena IV

FIAMETTA. -JULIA. -MYRTA. -Que salen por la puerta secreta.

JULIA. -(Mirando el retrato.) Sí, sí; eso es, no es el retrato de Scylla, es el suyo.

MYRTA. -Debíais haberle hablado, señora.

JULIA. -No me he atrevido... no he podido... me sorprendió como un fantasma. Además, ¿qué podía decirle? no tenía más que un nombre en mi corazón y en mis labios, «¡Scylla!» Nada más que una palabra, «hijo mío.» Podía llamar a ese extranjero «¿hijo mío?» Podía decir a ese desconocido, «¡Scylla!»

MYRTA. -Ya veis que no os había engañado, señora.

JULIA. -He visto a Donato en peligro, mi hijo Donato, el heredero de aquel a quien tanto amé vivo, y adoro después de muerto; pues bien, su peligro me ha conmovido menos que una mirada de ese hombre.

MYRTA. -Vuestro corazón os lo decía.

JULIA. -Para quedar mejor convencida de que no era víctima de una visión, he dicho en voz baja a Tomás, «¿matarías a Ben-leil si te se mandara?» No, me contestó estremeciéndose, creería matar a mi señor. Pues bien, yo le salvaré, y de este modo creeré haber salvado a mi hijo.

FIAMETTA. -(Bajo a Julia.) ¡María está en el oratorio, señora!

JULIA. -¡María! ¡María! (Es la única que puede aclarar este misterio.) Dile que venga. (Vase Fiametta.)

MYRTA. -¿Queréis interrogarla? Andaos con cuidado, señora; esa mujer es un enigma impenetrable. Sólo Dios puede leer en su corazón.

JULIA. -Dios, y una madre también. Déjame, hija mía. (Vase Myrta por el fondo.)

Escena V

JULIA. -Después MARÍA por la derecha.

JULIA. -Si ella posee mi secreto, yo se lo arrancaré... Dios estará de mi parte, y se apiadará de la duda y la ansiedad que me devoran... aquí está.

MARÍA. -(¿Qué querrá?) ¿La señora Condesa me ha hecho llamar?

JULIA. -Sí, quería suplicarte que fueras a casa del limosnero... no, he cambiado de parecer... ¿parece que estás inquieta?

MARÍA. -¿Yo? es posible, porque me parece que la señora Condesa sufre. ¿No habéis tomado nada desde esta mañana?

JULIA. -No tengo gana, no tengo más que sed; me darás un vaso de agua.

MARÍA. -¿Vuestro refresco? voy...

JULIA. -No, espera... He tenido un sueño esta noche, que me atormenta. ¿Crees tú en los sueños?

MARÍA. -En u sueño se predijo a mi padre que moriría al año siguiente, y murió.

JULIA. -Esta noche pasada me quedé dormida en este sillón. Daban las doce y los habitantes del castillo se agrupaban junto a esa puerta. Todos temblaban... porque oían los pasos de un hombre de armas, y su espada que resonaba en los pavimentos. Era Scylla. Estaba triste y sombrío, pero no con esa tristeza que da la muerte... Se llegó a mí... dos gruesas lágrimas rodaban de sus ojos... «¿dónde está mi hijo?» exclamó: hice venir a Donato y quise arrojarle en sus brazos, pero le rechazó colérico volviéndome a repetir: «¿Dónde está mi hijo?...» Aún me parece que oigo su voz, María aún me parece que siento su helada mano entre las mías... ¿Qué dices de esto?

MARÍA. -Digo... que es un sueño, señora.

JULIA. -Sí, pero sueño extraño, sueño terrible; ¡después todo había desaparecido! Estábamos en un lugar sombrío... el viento silbaba en los espacios... ¡el agua caía de las rocas!... sobre la paja en un rincón yacía un prisionero... con hierros en los pies... hierros en las manos, pero la cabeza elevada y altiva. La sombra tomó una lámpara, y se dirigió

lentamente hacia aquel hombre del cual no podían separarse mis ojos. «Reconoce a tu hijo,» me gritó. Era Ben-leil. Y la sombra le depositó en mis brazos, diciéndole: «Abraza a tu madre.»

MARÍA. -¿Ben-leil?

JULIA. -Y nosotros permanecíamos abrazados, mientras que la sombra decía: «¡Este es tu hijo!... ¡sí, tu hijo! a quien debes defender y amar, tu hijo arrebatado a tu ternura, ¡tu hijo a quien esos miserables han robado, mientras tú dabas ese nombre al enemigo de tu casa! El enemigo de mi raza, un bastardo que mancha mi nombre al llevarle, y que manda como dueño en este palacio, en el cual debía servir como esclavo.»

MARÍA. -(¡Dadme fuerzas para callarme, Dios mío!)

JULIA. -Entonces se apareció Donato... y la sombra le degradó como a un miserable... ¿Qué dices de esto?

MARÍA. -Que es un sueño espantoso y absurdo, señora.

JULIA. -¿Lo crees así? (¡No ha temblado! ¡no ha palidecido!)

MARÍA. -¿Y después?

JULIA. -¿Después? Después... mi sueño se desvaneció al primer rayo del día... pero me he encontrado con la realidad. Puede que creas que he hallado de nuevo la tranquilidad. Al contrario: había visto en sueños una puerta embutida en una de las paredes del castillo, y esa puerta... es aquella: había seguido por una escalera desigual y tortuosa, y esta escalera está allí; al fondo había un subterráneo; al fin de este subterráneo un calabozo, y en este calabozo un prisionero tendido sobre la paja y cargado de cadenas... Pues bien, he visto el subterráneo, he visto el calabozo, y he visto también al prisionero.

MARÍA. -(¡Cielos!)

JULIA. -Y este prisionero se llama Ben-leil.

MARÍA. -La casualidad tiene extrañas coincidencias.

JULIA. -Este hombre es la imagen viva de Scylla.

MARÍA. -La naturaleza tiene sus caprichos.

JULIA. -Lleva sobre la frente el blasón de los Scyllas.

MARÍA. -En una cabaña de la Calabria he visto el retrato de un pastor, que tenía también un mechón blanco en sus cabellos. Este, sin embargo, no era un Scylla.

JULIA. -El prisionero es un niño robado.

MARÍA. -¿Qué lo prueba?

JULIA. -No ha conocido a su madre.

MARÍA. -Puede mentir.

JULIA. -Recogido en una noche de tempestad, adoptado y educado por unos piratas, ha vivido con ellos y como ellos, pero tiene el alma de un gran hombre, y el corazón de un soldado.

MARÍA. -Ha querido enterneceros.

JULIA. -¿Enternecerme?... ¿Hablándome de su madre que no ha conocido?

MARÍA. -Os compadezco, señora. Abrigáis una quimera que emponzoñará vuestra vida. ¿Pero vuestro corazón no os dice acaso que Donato es vuestro hijo?

JULIA. -No.

MARÍA. -¿No le amáis pues?

JULIA. -No.

MARÍA. -¡Ah! dudad, entonces, llorad, desesperaos; merecéis el suplicio que Dios os envía, ¡madre desnaturalizada!

JULIA. -Ignoras por ventura, ¡que hace ya veinte años que estoy sufriendo! ¡Dios sólo lo sabe!... Estoy pálida, pálida por mi dicha desvanecida, y también por la duda que me atormenta.

MARÍA. -¡Callaos!

JULIA. -Ninguna mujer ha conocido mi dolor, ¡ninguna madre lo ha sufrido!... Si yo he querido vivir con los muertos es porque los vivos me asustaban... Si he cerrado mi corazón a Donato, es porque encontraba en su fisonomía una burla de la suerte, ¡una ironía del destino!

MARÍA. -¡Callaos! ¡callaos!

JULIA. -¿Qué tiene Donato de su padre?... Nada, ni la voz, ni el gesto, ni la figura... Nada, ni el alma, ni el corazón. ¿Si me hubieran robado a mi hijo?

MARÍA. -¡Señora!...

JULIA. -¿Es Donato mi hijo cuando no he podido darle nunca este nombre sin estremecerme? Yo siento un amor de madre infinito, una ternera infame, y sin embargo,

no me atrevo a estrecharle en mis brazos, y me aparto de él rechazándole. ¡Oh! ¡si me hubieran robado a mi hijo!

MARÍA. -¡Señora!...

JULIA. -Yo he hecho cuanto he podido para amarlo, ¡le hubiera querido tanto si me recordara a su padre! pero mi corazón y mi alma caían en la duda y el desaliento, y entonces como un aviso del cielo, un ser misterioso cruzaba por mi imaginación, ¡ser invisible, ilusión adorada! ¡oh qué hermoso y bueno era éste! tenía el alma y la fisonomía de Scylla... Yo le llamaba hijo mío con toda la fuerza de mi corazón, y él me llamaba su madre con toda la expansión de su alma. ¡Oh! ¡si me hubieran robado a mi hijo!

MARÍA. -¿Sospecháis acaso de mí?

JULIA. -No, pero tú no has estado siempre junto a su cuna, tú has podido, has debido alguna vez alejarte, aunque no fuese más que un momento, y en ese momento pudo cometerse el crimen.

MARÍA. -Os digo que no.

JULIA. -Habrás encontrado un extraño en vez del niño que yo te había confiado, y no te habrás atrevido a revelarle esa desgracia a su madre; vamos, esto se comprende... En tu lugar yo hubiera hecho otro tanto... Pero escúchame, tu silencio sería hoy un crimen. Mi hijo puede ser ese que está entre cadenas... Va a morir, y morirá... cuando yo puedo salvarle. ¡Ah! piensa en lo que vas a hacer, no me abrumes con esta duda, ¡no me hagas cómplice en ese crimen! habla.

MARÍA. -Donato es vuestro hijo.

JULIA. -¡Ah! ¡no mientas!... Yo no te maldeciré: al contrario, te bendeciré, querré lo mismo a Donato si tú quieres será siempre rico y poderoso, ¡y yo me iré a vivir a un desierto con mi hijo!... vamos, María, dime la verdad.

MARÍA. -¡Donato es vuestro hijo, señora!

JULIA. -Mírame cara a cara si quieres que te crea.

MARÍA. -Repito que es vuestro hijo.

JULIA. -¿Te atreves a jurarlo?

MARÍA. -Lo juro.

JULIA. -Eres cristiana; te creo.

MARÍA. -(Lo había dicho; he sido fuerte hasta lo último.)

JULIA. -(¿Es esta la audacia del crimen o la calma de la inocencia?) (Se sienta. Pausa.)

MARÍA. -(Tomándole la mano, que Julia retira.) ¿Veis?... vuestra mano está abrasando; la fiebre del insomnio es la que os causa esos arrebatos y esos errores, venid a descansar, señora. ¡Me habéis creído capaz de un crimen muy grande! ¿Es acaso mi solicitud hacia vuestra familia quien me acusa? He vivido para vos, y moriré por vos: la injusticia no me separará jamás de mi deber.

JULIA. -¡Le hubiera amado tanto si me recordara a su padre!

MARÍA. -Os calumniáis vos misma. ¿Qué sacrificio no habéis hecho por él? Habéis renunciado al mundo y rechazado las más ventajosas alianzas por no arrebatarle vuestra ternura.

JULIA. -¡No era por el hijo por quien me sacrificaba era por el padre!

MARÍA. -Le habéis educado con la verdadera pasión de una madre; hombre, te habéis protegido; en el lecho del dolor, cercano a la tumba, habéis pasado las noches de fiebre a su cabecera, combatiendo el mal con una abnegación sin límites.

JULIA. -(Levantándose.) Era la hermana de la caridad la que velaba, era la piedad la que suplicaba; no era la madre.

MARÍA. -Las madres no se vanaglorian jamás de odiar a sus hijos; no os creo.

JULIA. -¡Sus manos están manchadas de sangre!

MARÍA. -¡De sangre! ¡Ah! ¡deteneos, señora! Después de haber calumniado a vuestro corazón, ¡vais a calumniar a vuestro hijo!

JULIA. -(Cogiéndola de la mano.) ¿Es un crimen haber puesto fuego a un convento para robar una religiosa?

MARÍA. -(Lo sabe.)

JULIA. -¿Es un crimen haber dado asilo a un proscrito y haberse aprovechado de su sueño para hacerle traición y entregarle?

MARÍA. -(Lo sabe.)

JULIA. -¿Es un crimen, en fin, el asesinato de Berta?... ¡todo lo sé!... Martell, uno de sus compañeros de maldades, me lo ha revelado todo antes de morir.

MARÍA. -¡Oh!

JULIA. -¿Y es mi hijo ese hombre?... Y te has atrevido a jurarlo... ¡Mi hijo un Faveli!... ¡un Scylla!... Los Faveli son generosos y valientes; él es miserable y cobarde: los Faveli

son altivos, y miran a sus amigos o enemigos cara a cara. En Donato la sonrisa es falsa, el corazón pequeño, la mirada torva... corazón de cobarde; mirada de traidor.

MARÍA. -¡Oh!

-JULIA. -¿Puede parecerse a su padre?... ¿puede parecerse a ese héroe?... sí, como el chacal se parece al león.

MARÍA. -(¡Dejarle insultar de ese modo delante de mí!...)

JULIA. -¿Cómo vive?... vive en el juego, en el libertinaje y la orgía. ¿Quiénes son sus amigos?... cortesanas prostituidas, hombres sin fe; arrastra su juventud en toda clase de vicios, y echa sobre su honor toda clase de manchas.

MARÍA. -(¡Y he de callarme!...)

JULIA. -A todo se atreve: a la orgía del vicio como a la del amor: al escándalo como al vicio; al vicio como a la vergüenza, a la vergüenza como al crimen.

MARÍA. -(¡Dios mío!)

JULIA. -¿Y es ese el hijo de Scylla?... ¿y es ese el hijo que yo he llevado en mi seno?... ¡Mentira! ¡Mentira!... ¡esa es la audacia de la bajeza!

MARÍA. -(¡Dios mío!)

JULIA. -Es el asesinato, es el crimen.

MARÍA. -Calláos.

JULIA. -Es el disgusto, el desprecio.

MARÍA. -¡Calláos! ¡Calláos!

JULIA. -No... ¡si hasta ha osado traficar con el honor de su padre!

MARÍA. -¡Ah! ¡callad!... ¡yo soy su madre!

JULIA. -(Con un grito de alegría.) ¡Ah!... por fin has confesado.

MARÍA. -(Conteniéndose.) Sí... su madre; ¿no le he alimentado a mi propio seno?

JULIA. -Vete, vete.

MARÍA. -Ya me volveréis a llamar, señora.

JULIA. -Si me has engañado, María, a Dios dejo el cuidado de castigarte.

MARÍA. -(¡Mi corazón me ha vendido!... ¿causará esto la ruina de Donato?... no; mientras yo exista, será siempre duque de Scylla.) (Vase por el foro.)

JULIA. -No, no hay que dudar; la madre ha hablado a pesar suyo. ¡Tomás!... sí, sí; ese ha sido un grito del corazón. ¡Tomás!

Escena VI

JULIA. -TOMÁS, que sale por la puerta secreta.

JULIA. -¿En dónde está el prisionero?

TOMÁS. -Le he hecho conducir al salón bajo; da lástima verle: en este momento se le ha comunicado la muerte de Brabadura, y esta noticia le ha dejado como herido de un rayo.

JULIA. -Es necesario salvar a Ben-leil.

TOMÁS. -Pero...

JULIA. -Salva al heredero de tu señor.

TOMÁS. -¿De mi señor?

JULIA. -Y si su altivez le hace rehusar, dile que soy yo, su madre, quien lo manda. Yo no tengo secretos para tí; corre, corre.

TOMÁS. -Él, vuestro hijo... ¡Oh! ¡qué idea! Descuidad, descuidad: le salvaré. (Vase Tomás por la puerta secreta. Julia por el oratorio.)

Escena VII

DONATO. -EL VIRREY, -que aparecen del brazo por el fondo.

DONATO. -Habéis venido a honrar esta casa, señor Virrey.

VIRREY. -Vengo a deciros que Su Majestad desea que hagáis vuestra declaración.

DONATO. -¿No bastan las pruebas que he presentado?

VIRREY. -Debéis comprender, Duque, que el Rey mi señor, no puede colmar de honores tan fácilmente a un hombre cuyo padre ha sido uno de los más terribles enemigos de la España.

DONATO. -Tened la bondad de veros antes con mi madre; en su oratorio la encontraréis.

VIRREY. -Bien: vuelvo al momento. (Vase por la derecha.)

MARÍA. -(Por el fondo.) ¡Oh! ¡desgraciado; desgraciado!

DONATO. -¿Qué tienes, nodriza?

MARÍA. -La condesa duda de tu origen, sospechando que no eres su hijo; estás perdido, pero mientras yo exista nada tienes que temer.

DONATO. -No te entiendo.

MARÍA. -Silencio, viene hacia aquí; serenidad y te salvaré.

Escena VIII

Dichos. -JULIA. -MYRTA. -VIRREY.

JULIA. -Donato no hará nunca eso, señor Virrey.

VIRREY. -Sospecho lo contrario, señora.

JULIA. -¿Has preparado mi refresco, María?

MARÍA. -Si señora.

JULIA. -Puedes traérmelo. Con vuestro permiso, señor Virrey.

MARÍA. -Voy al punto, señora. (¿Qué voy a hacer? quizás sea esto causa de mi muerte; pero de ese modo morirá el secreto entre nosotras.) (Vase por el foro.)

MYRTA. -(A la Condesa en voz baja.) ¿Y el prisionero, señora?

JULIA. -(A Myrta.) Nada temas, se ha salvado.

MYRTA. -(¡Bendito sea Dios!)

DONATO. -¡Madre mía!

JULIA. -(Su madre.)

DONATO. -Llegáis a tiempo para ser testigo de la declaración solemne que me imponen el respeto y el amor que debo a la memoria de mi padre.

VIRREY. -Decid: os escuchamos, duque de Scylla, príncipe de Fieramonte, grande de España.

JULIA. -Grande de España.

DONATO. -Sí señora, grande de España.

MARÍA. -(Saliendo con el refresco.) ¡Oh! ¡mis deseos se cumplen!) Aquí está vuestro refresco, señora.

JULIA. -Dadme.

MARÍA. -¡Dios me juzgará!

DONATO. -Voy públicamente a borrar una mancha de mi blasón.

JULIA. -¿Qué dice? (Iba a beber y se detiene; luego deja el vaso encima de la mesa.)

DONATO. -Declaro aquí ante todos, que el Duque de Scylla mi padre, no fue nunca un rebelde, y que jamás se opuso a los sagrados derechos de la España, y declaro que si un día conspiró, fue en favor de esa nación, no contra ella.

JULIA. -(¡Pero eso es una profanación!)

DONATO. (Saca un papel.) Aquí tengo la prueba. Señores, miradla. (Empiezan a dar las doce.)

JULIA. -¡Las doce! la hora de tu muerte, Scylla.

DONATO. -Esta es una carta que mi padre escribió momentos antes de su muerte al general de S. M. Fernando el Católico.

JULIA. -¡Horror! ¿Y la sombra de Scylla no se levanta para responder a esa infame acusación?

DONATO. -Mirad, ese es el sello de los Scyllas.

JULIA. -¿Pero son sordos los muertos?

DONATO. -Señores, voy a leer esta carta.

Escena IX

Dichos. -BEN-LEIL, con el traje que Scylla sacó en el prólogo y calada la visera del casco.
BEN-LEIL. -Esa carta es falsa.

MARÍA. -Y quién eres tú que hablas así. (Le descubre.)

TODOS. -Scylla.

JULIA. -¡Es él!

MARÍA. -No, es Ben-leil.

JULIA. -¡Hijo mío!

BEN-LEIL. -Sí, soy Ben-leil, pero también soy Scylla. (A Donato.) Ese hombre es un falsario y un cobarde, y yo te arrojo al rostro tu propia infamia, bastardo. (Le arroja la carta.)

DONATO. -¡Miserable!

JULIA. -Bien, bien, Scylla, has vengado a tu padre.

DONATO. -¡A su padre!

MARÍA. -¡Oh!

DONATO. -Debía esperar este escándalo, señores: mi nodriza me lo había ya prevenido. Mi madre no tiene razón.

JULIA. -¡Ah!

DONATO. -¿Decís que es vuestro hijo, que es el hijo de Scylla? ¿Dónde están las pruebas, señora?

MARÍA. -Si, sí, las pruebas, señora. Yo he alimentado a mis pechos a Donato, puedo decir con más razón que nadie que esa mujer miente... Sí, lo repito, miente; pongo por testigo a Dios. Que Él juzgue y castigue a aquel que mienta.

JULIA. -(¡Y no tener más pruebas que los gritos de mi corazón!

DONATO. -¿Os calláis? Pues bien, yo voy a daros una prueba... pero una prueba viviente de lo contrario. (Al fondo.) Entra, Brabadura.

MARÍA. -(¡Brabadura!)

Escena Última

Dichos. -BRABADURA.

DONATO. -Le habíais creído muerto, ¿no es verdad? Yo he cuidado de su vida, para que ahora oigáis la verdad de sus labios.

JULIA. -(Piensa que depende la vida de tu señor de lo que vas a decir.) ¿Cuál es el nombre de su padre?

DONATO. -Acuérdate de nuestro pacto.

VIRREY. -Di. ¿Sabes el nombre de su padre?

BRABADURA. -(Bajo a Donato.) ¿Me concederán el perdón?

DONATO. -Sí.

BRABADURA. -¿Me daréis los diez mil escudos?

DONATO. -Veinte mil.

VIRREY. -Di la verdad.

BRABADURA. -Pues bien, la verdad es... (A Donato.) que este hombre es un bribón... Sí, un farsante, un bribonazo.

DONATO. -¡Ah!

BRABADURA. -El tunante me ofrecía veinte mil ducados y mi perdón por vender a mi señor. Guarda tu perdón y tu oro, no los necesito. (Al Virrey.) Me preguntabais el nombre de su padre... Su padre era Scylla... El hombre que le robó... Y que le ha educado he sido yo. Esa es la verdad.

MARÍA. -Ese hombre miente.

BRABADURA. -No, acordaos de la noche en que mataron al conde Orbani.

MARÍA. -¡Cielos!

BRABADURA. -Acordaos que yo iba enmascarado, que entré en vuestra cabaña y robé un niño: luego habréis querido sin duda suplantar...

MARÍA. -¡Silencio!

DONATO. -Ay, yo me ahogo. (Se dirige a la mesa, donde dejó Julia el refresco.)

BEN-LEIL. -Mi buen Brabadura.

BRABADURA. -Mi capitán. (Se abrazan.)

MARÍA. -(Lanzándose a Donato que ha bebido.) Donato, Donato, ¿qué has hecho?

DONATO. -¡Ay, yo me abraso!... (Cae en el sillón.)

MARÍA. -¡Hijo de mi alma!...

BRABADURA. -Ya lo oís, señores.

VIRREY. -(A Ben-leil.) Duque de Scylla, venid a mis brazos, y sed feliz al lado de vuestra madre y de vuestra esposa. (Ben -leil, Julia y Myrta quedan agrupados convenientemente. María a los pies de su hijo. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

